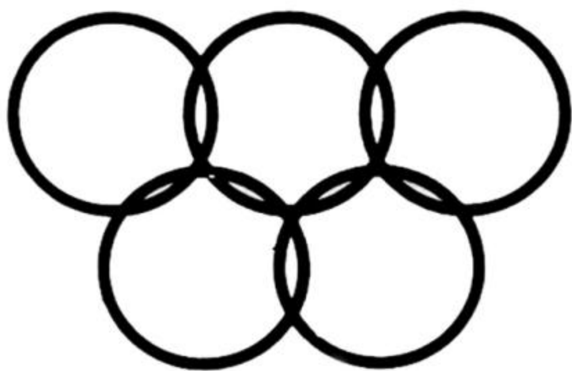


¡A TODO GAS!

Lucky Marty



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

LUCKY MARTY

¡ A TODO GAS !

Colección
DOBLE JUEGO n.º 32
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84 7518 048 5
Depósito legal: B. 32.072-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre. 1982
2.ª edición en América: mayo. 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona -1982

Es imposible ganar, sin que otro pierda.
SIRO

CAPÍTULO PRIMERO

A todo gas, devorando los kilómetros de la autopista Milán-Florencia-Roma y sintiendo en cada poro de su piel la embriaguez de la velocidad, Gino Maglio conducía con pericia y audacia aquel modelo experimental de 500 c.c. que estaba alcanzando los 301 km/h.

Sobre las dos ruedas de la poderosa moto, el asfalto de la carretera más bien parecía una alfombra mágica que le transportaba, sin ningún esfuerzo, hacia la meta dorada de sus sueños.

Ser el hombre más veloz del mundo sobre dos ruedas.

Gino Maglio no era ningún profesional; a sus veinticuatro años, ni tan siquiera había tomado parte nunca en ninguna competición oficial motorística. Pero tampoco era ningún novato, porque le habían salido los dientes en el taller de reparaciones de su tío Piero Golnez, que sí lo era y hasta había llegado a ganar —antes del grave accidente que le retiró— el Gran Premio de Nápoles.

Sí; Piero Golnez había sido un motorista excepcional.

Y no solo sobre los circuitos de competición de todo el mundo, quedando siempre en los primeros puestos y ganando fama y fortuna, sino también en el aspecto humano.

Lo había demostrado el trágico día en que, rotos sus huesos en mil pedazos, con siete fracturas tras salirse de la pista, cuando entraba en el quirófano había decretado:

—Quiero que todos mis bienes y fortuna vayan a manos de los que he causado algún mal con la moto...

Y Piero Golnez firmó aquel documento, que a tanto le comprometió.

No había muerto en la sala de operaciones, pero sí quedado totalmente inútil para su profesión; con la pierna derecha mutilada hasta la rodilla y la pérdida del ojo derecho, ni un fenómeno como él podía conducir una moto de competición.

Las carreras se habían terminado para Piero Golnez. Y la buena vida también, naturalmente.

Sobre todo porque, los abogados de las víctimas del accidente, esgrimiendo el documento que había firmado moribundo, se lanzaron sobre él como lobos hambrientos.

Toda Italia se conmovió con aquel proceso. Cinco muertos en las tribunas del circuito del lago Como, veintidós gravemente heridas y otras doce más levemente, fueron los aspirantes a los bienes y la fortuna de Piero Golnez, que ni por un momento se desdijo de su compromiso.

—Ellos han muerto —se limitó a declarar a los periodistas—. Sus familiares se lo merecen todo: nunca les podré devolver las vidas de esos seres queridos que les arrebaté con mi torpeza.

Su «torpeza» había sido salir de la curva que conducía a la recta de tribunas y a la meta, con una velocidad tan excesiva que no pudo dominar la Ducati 350 c.c. que pilotaba.

Realmente, de forma material, en aquel trágico día Piero Golnez había conseguido «volar» sobre la máquina que conducía. Todos los presentes en el circuito del lago Como, y aún muchos más a través de las cámaras de la televisión, le vieron «despegar» de la pista y, desde gran altura, «aterrizar» en las tribunas segando vidas y dejando tras él cuerpos heridos y mutilados.

Titular hubo que ilustró las primeras páginas calificando aquella horrible masacre como Baño de sangre en Como.

Realmente lo fue; una sangrienta catástrofe que si conmocionó al país y al mundo del motor de dos ruedas, no impidió que, al domingo siguiente, se corriese el Gran Premio de Milán.

Por supuesto, sin la participación de Piero Golnez.

Más de un mes estuvo luchando entre la vida y la muerte, aunque también aquella vez consiguió llegar a la meta que se propusieron los cirujanos y los médicos: viviría, aunque para él se habían terminado las competiciones.

El ánimo siempre centrado y sereno de Piero Golnez supo aceptar sus limitaciones físicas. Nunca más volvió a ser él mismo, pero ni una sola palabra de queja brotó de sus labios; ni incluso cuando un cronista deportivo poco inspirado, le llamó en su artículo El motorista asesino.

Cuando ocurren accidentes así, todo el mundo se lanza a echar su cuarto a espadas, escribiendo sobre la poca seguridad en los circuitos, el exceso de velocidad en las máquinas, la estupidez que

constituye en darles cada día más velocidad, o simplemente opinando que se deberían suprimir tales competiciones públicas. Redentores durante el tiempo que dure el olor de la tragedia, la prensa, la radio y la televisión agitan la opinión pública con peregrinas ideas y medidas a tomar.

Es como escribir que, porque con un martillo te puedes golpear los dedos, lo mejor sería clavar los clavos con una piedra.

Quizás olvidan que la evolución técnica no es solo una fuerza, sino un proceso; no una causa, sino una ley incontenible.

Por otra parte, el progreso es la realización de las utopías.

Desde sus limitaciones físicas, Piero Golnez reaccionó montando un pequeño taller de reparaciones en Milán con lo poco que le quedó, para seguir en contacto con el motor de dos ruedas. Era lo único que conocía a la perfección y a lo único que quería dedicar sus esfuerzos.

No obstante, quería hacerlo de una forma anónima, deseando que todos olvidaran su nombre que estaba enlazado con la tragedia. Ya no ansiaba premios, fama, ni grandes titulares en la prensa. Cuanto más pronto le olvidase todo el mundo, tanto mejor. Bastante tenía con su conciencia, con su dolor interior que no le permitía olvidar las muertes que había causado.

Desde lo del lago Como, el joven Gino Maglio siempre había visto a su tío triste, taciturno, silencioso. Aquel hombre, que durante años había aparecido triunfador y sonriente en las portadas de las revistas especializadas, ahora se comportaba con la sencillez y sobriedad de un insignificante monje, siempre oculto entre las cuatro paredes de su casa, pasando muchas horas del día en su pequeño taller, donde lo mismo se reparaban viejas bicicletas que destartaladas motos de los muchachos de la vecindad por muy pocas liras.

Piero Golnez tan solo aspiraba a una cosa: ir sacando para vivir él, su hija Donneta y su joven sobrino Gino Maglio, del que se había hecho cargo cuando el niño cumplió los diez años y él ganaba mucho dinero, en vista de que en la casa de su hermana María las cosas no iban muy bien.

Con el tiempo, Gino se quedó para siempre en casa de su tío Piero. Sus padres habían emigrado para América, pero murieron durante la travesía a Nueva York. Fue cuando el famoso motorista

le había dicho:

—No te preocupes, Gino. Serás como un hijo para mí.

Un hijo para el famoso Piero Golnez y un hermano para la pequeña Donneta. Habían sido años muy buenos aquellos: nada les faltaba y hasta podían presumir de tener en la familia a un hombre tan famoso como Piero Golnez: un hombre al que se disputaban las mujeres.

¿Era por eso que siempre les había tenido internos en colegios a Donneta y a él? ¿O fue porque siempre tenía que viajar, de circuito en circuito, allá donde se celebraban las carreras?

El eterno carrusel de los motoristas profesionales...

A veces, cuando pasaban las vacaciones los tres juntos, Gino se sentía feliz. Tremendamente dichoso junto a su tío siempre lleno de vitalidad y alegría desbordante, acosado por los periodistas siempre ansiosos de hacerle entrevistas y fotos en las que, en más de una ocasión, también habían salido la traviesa Donneta y él.

Al otro día compraban la revista o el periódico, y al pie de las fotos podían leer: «El Gran Piero, junto a su hija y su sobrino». O bien: «Piero Golnez bañándose en las playas de Ostia, junto a sus dos amores. Su hija Donneta y su sobrino Gino». O bien una reseña deportiva del último Gran Premio conseguido, viendo a su tío dominando la carrera sobre la moto.

Todo aquello resultaba maravilloso, como un sueño.

En el colegio, y más tarde en la Universidad de Roma, Gino Maglio había coleccionado las fotos de su tío: incluso aquellas en las que aparecía junto a hermosas modelos también famosas, mujeres de la alta sociedad y jovencitas, de más o menos dudosa reputación, que se pegaban a él ansiosas de su brillo y notoriedad mundana.

¡Oh, sí! Tío Piero había sido un gran mujeriego.

Viudo desde el mismo instante de nacer su hijita y cuando ya empezaba a sonar su nombre en el mundo de las dos ruedas, joven, atractivo, muy masculino y siempre jovial, malicioso hubo que llegó a reseñar en sus crónicas deportivas que Piero Golnez se estaba ganando un puesto al sol, tanto en las carreras, certámenes motoristas y en los circuitos, como tostándose la piel junto a la caprichosa esposa de Renzo Borgesa, el multimillonario fabricante de las rápidas «Borgesa», vehículos todo terreno y vespinos para la juventud.

No era cierto, aunque sí lo del corto «idilio» con la elegante y voluble señora Borgesa, que terminó separándose de su multimillonario esposo quien, a su vez, le dio la baja a Piero Golnez.

Ya no se le volvió a ver por los *boxes* de Renzo Borgesa.

A Piero Golnez no le importó: hasta le sirvió aquello de una cierta publicidad, saliendo en todas las revistas del corazón, amén de las inevitables alusiones en las deportivas, naturalmente.

No le faltaron contratos y corrió para las firmas japonesas Kawasaki y posteriormente la Suzuki. Dos años más corrió con Yamaha y hasta firmó contrato con Honda.

Cuando corría con la firma Ducati fue cuando ocurrió la tragedia del lago Como. Todo cambió desde entonces.

Donneta y Gino tuvieron que dejar sus estudios y marchar con el vencido y mutilado Piero Golnez a esconderse en un mísero taller de reparaciones, en una sucia calleja de Milán, donde el trabajo mal pagado y los problemas económicos no faltaban.

Tampoco la tristeza de un abrumado Piero Golnez, que ya solo se arrastraba por la vida en una existencia gris y atormentada.

Bien se va de la nada a lo mucho: mal, muy mal, de lo mucho a la nada…

Piero Golnez había sido una estrella fugaz. Si las motos le dieron gloria y dinero, una de ellas le llevó al anonimato y la pobreza.

El carrusel siguió sin él, por supuesto.

Incluso ahora las motos eran mejores, más rápidas, cada día mejor acondicionadas y veloces, más potentes, poderosas, deslumbrantes.

Y también había excelentes pilotos: César Chaves, el mejicano; Kirk Coenn, el irlandés; Johnny Parsons, el americano; Troy Ruttman, el australiano; Mauri Rose, el francés; Jules Goux, el belga; Frank Scheneider, el alemán; Luss De Paolo y Mario D’Oro, los dos mejores italianos y toda una pléyade de jóvenes aspirantes al estrellato.

¿Quién se acordaba ya de Piero Golnez?

La vida sigue, corre tanto como las mismas motos, aunque no nos lo parezca.

¡Nunca se detiene!

Ahora mismo, el joven Gino Maglio corría a una velocidad por la

ancha autopista Milán-Florencia-Roma que ni su tío pudo imaginar. Y eso que solo pilotaba un modelo experimental de 500 c.c.

Miró fugazmente el velocímetro, cuya aguja marcaba los 301 km/h.

CAPÍTULO II

¡Qué delicia! ¡Aquello era «volar»!

Gino Maglio estaba seguro de poder superar la velocidad de vértigo que le hacía inclinarse lo más posible sobre el manillar que sus manos enguantadas empuñaban, para que su casco protector cortase mejor el aire que zumbaba en torno suyo.

Sí: aquello era un vértigo.

Una auténtica borrachera de velocidad.

Para el verdadero entusiasta de la velocidad es muy divertido tratar de identificar a las motos por el ruido de su motor. Por ejemplo, la Honda tiene un sonido fuerte, profundo y gutural. La Ducati hace un «tratrat» como de barajar naipes. La Kawasaki tiene un retumbar sordo y sibilante. Y en cuando a la que conducía Gino Maglio, no había nada igual.

Su modelo tenía un poderoso motor que giraba a una velocidad fantástica. Cuando los cilindros empezaban a rugir, aquello parecía una máquina de coser sin silenciador. Era un ruido «feroz», un ruido «candente» que si uno pudiera palparlo se quemaría.

El verdadero aficionado puede decir, por el ruido, cuántos cilindros tiene un motor. Le gusta distinguir también otros sonidos, como el del motor a su máxima potencia, como el del motor en ralentí, o al acelerar, o al pasar de largo a otro al que rebasa. Y le encantará oír los cambios de marcha.

El aficionado escucha por ejemplo a una B.M.W. tomar una curva. A medida que disminuyen las revoluciones del motor, el escape empieza a crepitar y chasquear; y aunque parezca ridículo, al oírlo se siente una emoción parecida a la que produce oír el himno nacional.

Gino Maglio era de los jóvenes que disfrutaba con todo esto, pero también era consciente que no debía ir tan rápido por una autopista en la que constantemente tenía que ir superando a los vehículos que, unos segundos antes, marchaban delante de él. Y no porque no fuese capaz de seguir haciéndolo, sino para evitar cualquier posible accidente, en el que no solo podía estar en juego

su vida.

A veces, cuando rebasaba a los coches, sus conductores se ponían a gritarle furiosos:

—¡Loco, más que loco!

Casi no les oía. Cuando querían darse cuenta su poderosa máquina ya les había dejado atrás, superándoles en cien o doscientos metros en pocos segundos.

¡Y a por otro!

¡Y otro más!

Con todos los músculos en tensión, Gino Maglio ponía la máxima atención en la conducción de su máquina. A veces, en algún rincón de su cerebro, creía oír los consejos de su experimentado tío.

—Cuando conduzcas, sea lo que sea, recuerda que no te llamas Tazio Nuvolari. También el «maestro» comenzó modestamente, como tú debes hacer ahora, Gino.

Y otro consejo de experto:

—Nunca trates de rebasar a los otros apabullándoles. Y menos aún en las curvas. En todo caso, las rectas son el lugar apropiado para ello.

O también:

—No trates de arriesgarte con los presumidos. Más aún, sobrino: no te arriesgues tontamente nunca. Podría ser que también otro competidor se arriesgue y los dos salgáis perjudicados.

»Conoce bien la máquina que conduces y familiarízate con sus detalles técnicos. No hagas experimentos por tu cuenta con presiones de neumáticos, regulación de amortiguadores, etcétera, sin valerte de la experiencia de un profesional, hijo.

»No frenes en una curva: completa tu frenado y cambio antes de entrar al viraje. Es importante entrar lentamente, a una velocidad que puedas controlar en cualquier momento. Esa es la técnica de los campeones.

»Si tu máquina entra en derrape no hagas nada en forma violenta. Los frenos de poco te servirán, y mejor es en tal caso corregir suavemente con la dirección. Más acelerador puede ser útil en ciertas circunstancias para enderezar la máquina.

¡Cuántos consejos y enseñanzas recibidas del tío Piero!

Allá, al fondo, sobre la pulida cinta de la autopista, descubrió un

lujoso Maseratti que aullaba cómo un gato montés, distinto al ruido majestuoso de un Ferrari que lo hace como un león.

Nuevamente pisó el acelerador para rebasarle, pero su picado conductor no le dejó. El muy bestia le cerró el camino deslizándose hacia el carril de la izquierda, imprimiendo a su vez al vehículo mayor velocidad.

—¡Animal! —le gritó el joven motorista, aún consciente de que no le podían oír. Indebidamente fue a intentarlo por el carril más a la derecha, pero nuevamente el Maseratti le cerró el paso.

De no ser por los buenos reflejos y frenos del motorista, casi le embiste. Gino Maglio se disgustó ante aquella maniobra, intentando fijarse en los que iban en el interior del lujoso coche.

—Una mujer y un hombre... Ella es la que conduce y seguro que quiere presumir ante ese cabrito —rezongó, los labios rozando la protección del casco.

Pero de nada les sirvió.

En un instante en que la pilló descuidada, pisando a fondo y maniobrando con suma destreza, Gino Maglio pasó como una exhalación ante ellos, y aún tuvo la humorada de con su mano enguantada apuntar con el índice y el meñique como dos «cuernos».

—¡Los tendrá tu madre! —alcanzó a oír que gritaba la voz femenina.

Gino Maglio sonrió. Fugazmente, había tenido la impresión de que se trataba de una joven elegante y bonita. Hasta alcanzó a ver a su compañero, un tipo ya canoso, con jeta de millonario y aspecto elegante:

«Seguro que es su fulano», pensó.

Debía ser así: los Maseratti de lujo como aquel no se dan en los árboles, como los frutos maduros. Si aquella irritada jovencita lo conducía, ella a su vez debía dar a cambio otras «cosas».

La vida es así, señor.

Gino Maglio los olvidó, porque, en realidad, aprovechaba la buena autopista para probar su moto. Ahora no disponían de dinero como unos años atrás y rodar por un circuito costaba lo suyo. En sus circunstancias, lo mejor era aquella *strada* directa de Milán a Roma, por la que se podían alcanzar buenas velocidades.

Él solo llegaría a Florencia, dormiría aquella noche en cualquier pensión y, con las luces del nuevo día, volvería a Milán.

El trabajo se amontonaba en el taller de tío Piero.

Ni un solo día podía faltar a su tarea; las pocas liras que ganaban le servían a la resignada Donneta para prepararles las comidas diarias. Incluso aquel viaje le había costado discutir con tío Piero: le venció al fin porque, en un momento determinado, le había tenido que recordar:

—Hoy es sábado y tengo derecho a unas horas de descanso, tío. Tomaré la autopista, para probar la Swamp Rat.

—Allá tú, Gino. No creas que quiero esclavizarte. ¡Pero el lunes a trabajar aquí!

Aún no sabían por qué, a aquella moto que entre los dos habían montado pieza a pieza, tornillo a tornillo, la habían puesto un nombre así. En inglés, Swamp Rat quería decir «Rata de pantano».

Posiblemente se debía a que, bajo el cobertizo del taller donde solían trabajar, cuando llovía, la tierra formaba como un pequeño pantano. Las goteras de la vieja uralita formaban charcos y estos, a su vez, barro de tanto tener que pasar sobre ellos en el ir y venir constante al trabajar allí, en tan pobres y precarias condiciones.

Cuando tenían que sufrir tales cosas, tanto Donneta como él pensaban que Piero Golnez había sido un Quijote. Ofrecer todos sus bienes y fortuna a los familiares de los que habían muerto en el accidente del circuito del lago Como, ¿no había sido un desprendimiento excesivo?

¿No había pensado tío Piero en él mismo, en su joven hija y hasta en su sobrino?

¿Por qué se había empeñado en hacer una cosa así? ¿Había querido castigarse él mismo, al sentirse culpable de aquellas muertas? ¿Lo hizo en un momento emotivo, cuando no podía razonar bien y marchaba camino del quirófano?

Lo cierto era que luego se empeñó en cumplir su compromiso firmado. Toda la prensa italiana aireó a los cuatro vientos la generosidad de Piero Golnez; pero aquello les dejó en la ruina.

Cuando le veían renquear con su pierna derecha postiza y mirando por la única pupila que le quedaba, esforzándose en trabajar hasta altas horas de la noche, para al día siguiente tener alguna reparación que cobrar, hija y sobrino sentían una profunda lástima de aquel hombre que, solo unos años atrás, lo había tenido todo.

Siempre con las manos manchadas de grasa, las uñas sucias y también manchado, y recosido por la paciente Donneta el «mono» que solía utilizar para trabajar aquel hombre ahora solo parecía tener una ilusión: poner un día en los circuitos una moto más potente, veloz y mejor acondicionada que las existentes.

Muchas noches, cuando los dos jóvenes creían que dormía, Piero Golnez bajaba como una sombra al taller y se ponía a pulir piezas, a ajustar y engrasar otras, a realizar pruebas con metales, a hacer mezclas con combustibles. El mismo Gino le tenía que bajar allí el desayuno y mientras saboreaban el pan y la leche, le solía anunciar al joven:

—Un día lo conseguiré, Gino. ¡Algún día!

—Te matas a trabajar, tío. ¡Esto no es vida!

Era cuando le miraba fijamente con su único ojo y proponía con la tristeza en la voz:

—Si quieres, puedes marcharte, Gino. Done y yo lo comprenderemos.

—¿Qué es lo que comprenderéis, tío?

—¡Ya sabes! Un muchacho como tú, puede encontrar más porvenir en cualquier parte. Aquí ya ves… ¡La miseria de siempre!

—Anda, anda… Vamos a trabajar, que hoy tengo que arreglar una bicicleta.

¿Cómo abandonar a un hombre como aquel? Él le respetaba y le quería.

Y a Donneta también.

Aunque, últimamente, Gino Maglio estaba secretamente preocupado. Donneta estaba creciendo mucho y ya no era una niña.

¿Por qué se ruborizaba su prima, cada vez que le sorprendía con los ojos clavados en ella?

¿Es que acaso «adivinaba» lo que pensaba Gino…?

CAPÍTULO III

Lina Borgesa conducía irritada; no le gustaba que nadie les pasara en la carretera. Se tenía por una excelente conductora y, además, el Maseratti que llevaba era un último modelo, incluso trucado en la fábrica de su padre con un doble carburador.

—¿Viste quién era, papá?

Renzo Borgesa dejó de examinar unos contratos y distraídamente quiso concretar:

—¿A quién te refieres, Lina?

—¡Oh! Siempre vas distraído. ¡A ese loco que nos pasó!

—Ni idea, hijita. ¡Pasó como una exhalación!

—Nos hizo un gesto grosero.

Siempre diplomático incluso con la familia, el multimillonario sonrió amable, aunque apuntando:

—Bueno, hijita... Tú no le dejabas pasar.

—No se puede ir a esa velocidad. ¡Ni en una autopista!

—Pues tú rebasas ese límite, ¿no?

—Para ti siempre voy muy deprisa.

—¿Y no es cierto? —medio se burló él.

—¡Sabes que me encanta la velocidad! —confesó con énfasis ella.

Renzo Borgesa se encogió de hombros con filosofía, volviendo a los contratos y los papeles que llevaba en la cartera. Como fabricante de las motos Borgesa, todo terrenos y aún vespinos juveniles, le encantaba que a su hija le gustase conducir: así se prestaba voluntaria para acompañarle en todos sus viajes y podía disfrutar de su compañía.

Pero le preocupaba que a su propia hija le gustase tanto correr a grandes velocidades, por el peligro que ello entrañaba. No obstante, como en otros muchos factores de la vida, la dejaba hacer su voluntad y en nada se oponía, entre otras razones porque nada habría ganado y egoístamente prefería estar a buenas con Lina que a malas.

¡Aquella chiquilla resultaba terrible cuando se enfadaba!

Como su madre, la ausente señora Borgesa, que sabe Dios por dónde andaría. Voluntariosa, caprichosa y voluble como toda hija malcriada, Lina volvió a indagar fija en su idea:

—¿Qué marca montaba, papá?

—¿Te refieres a...?

—¡Sí, me refiero a él, papá! ¡A ese loco que nos pasó!

—Pues no sé, hijita... ¡No me fijé!

—¡Yo sí! Y no era ninguna marca conocida.

—¿Y qué importancia tiene eso, nenita?

—Para mí sí la tiene. No sé si te diste cuenta que íbamos más o menos a esta marcha y... ¡Nos pasó con suma facilidad!

Renzo Borgesa miró prudentemente al velocímetro y quedamente osó indicar:

—¿No... no podríamos ir más despacio, hijita?

—Solo vamos a doscientos treinta.

—¿Y te parece poco?

Aferrando sus manitas enguantadas al volante, la voluntariosa muchachita reaccionó anunciando, al pisar más a fondo:

—¡Quiero alcanzarle! ¡Tengo que conseguirlo, papá!

—¡Qué tontería! No deberías picarte por cosas así, Lina.

—¡Pues me pico! Ese grosero nos ha humillado.

Renzo Borgesa volvió a su habitual encogimiento de hombros. Su querida hijita ya le tenía tan acostumbrado a sus «cosas», que sabía que lo mejor era dejarla que hiciese su capricho. Si se empeñaba en dar alcance a aquel motorista, que lo intentase y en paz. Nada iba a conseguir si volvía a recordarle que lo más prudente sería aflojar la marcha. Siguieron devorando los kilómetros.

Buen conocedor de la ruta por haberla realizado muchas veces, el rico fabricante osó apuntar:

—Empieza a anochecer, hijita. Pronto llegaremos a Arno y tendrás que parar: es donde se paga el peaje.

—Ya lo sé, papá.

—Pues afloja: por aquí sí que hay motoristas de la policía y...

—No te preocupes: no te haré pagar ninguna multa.

Fue al cambiar la marcha, cuando por tercera vez volvió a interesarse ella:

—¿Tú crees que seguirá por la autopista hasta Roma?

—Si te refieres otra vez a ese loco, no lo sé ni me interesa, hijita. Pero nosotros pararemos en Arno y pasaremos la noche ahí.

—¡Oh, no, papá!

—¡Oh, sí, hijita! —remedó él—. Y por una vez harás lo que digo.

—¿Pero por qué?

—Porque te noto nerviosa y no quiero que sigas conduciendo así.

—Déjame seguir por lo menos hasta Florencia.

—¿Para qué? ¿Para ver si le das alcance?

—¡Lo conseguiré en esos cien kilómetros!

—¿Pero qué te importa a ti ese motorista?

—Me interesa su moto, papá. ¿Te diste cuenta que casi no hacía ruido y que le perdimos de vista a una velocidad endiablada?

—Bueno, ¿y eso qué?

—Pues que a ti también debería interesarte. ¿O no eres fabricante de motos de competición?

—¡Las nuestras son mejores! —manifestó con orgullo él.

—No tanto como la que conduce ese grosero.

—¡Y dale! No me fastidies más con él.

Al fin, Lina tuvo que ir frenando hasta parar junto a la cabina donde se pagaba el peaje por la autopista. Las distintas instalaciones por allí se reducían a la gasolinera, una estación de servicios, un pequeño restaurante-cafetería al pie mismo de la carretera y, unos metros más allá, un coquetón hotelito que anunciaba en letrero luminoso y en varios idiomas lo clásico: habitaciones, *room, chambres*...

Distraídamente mientras recibía el cambio del empleado Lina Borgesa desparramó la vista por allí, iluminándose sus brillantes ojos de pronto al descubrir y exclamar:

—¡Ahí está!

Despistado como siempre, su padre volvió a exclamar:

—¿Quién?

Al seguir la mirada de su hija, Renzo Borgesa descubrió la alta y fornida silueta de un hombre joven que, con botas altas, todo él vestido de cuero negro y con el casco protector bajo el brazo, parecía discutir con uno de los empleados de la estación de servicio. A juzgar por sus cabellos rubios, rebeldes y despeinados no parecía italiano y su moto estaba aparcada por allí, junto a otras que

parecían mucho más viejas y menos potentes.

La feliz y risueña Lina fue acercándose muy satisfecha colgada del brazo de su padre, hasta que dijo alusivamente:

—No por mucho correr... amanece más temprano.

Gino Maglio volvió el rostro irritado por su discusión con el empleado de la estación de servicio, clavando sus pupilas verdes en la bonita y elegante mujer y en su maduro acompañante. Naturalmente, ni por un momento los identificó con los que iban en el lujoso Maseratti que hacía muchos kilómetros había rebasado, dejándoles atrás, por lo que se extrañó de la intervención de ella.

Un repaso más atento le dijo que no se trataba de ninguna muchacha vulgar, por el porte y la distinción de los dos; pero vivamente interesado indagó:

—¿Decía algo, señorita?

—Que debería ir con más cuidado. ¡Estuvo a punto de provocar un accidente!

La noche caía, pero acertando a distinguir el coche Gino exclamo al fin identificándoles:

—¡Ah, sí! Ustedes son los de aquel Maseratti, ¿verdad?

—También debe recordar el feo gesto que nos hizo con los dedos. Lo recordó, pero solo acertó a excusarse:

—Perdonen: son cosas que pasan en la carretera.

—¿Tuvo averías? —se interesó Renzo Borgesa, siempre conciliador y diplomático, por conocer bien a su belicosa hijita.

—Sí: una pequeña pieza que yo mismo me he brindado a arreglar. Pero este hombre...

—«Este hombre» se retira —intervino el aludido—. A estas horas cerramos el taller y no lo abrimos hasta mañana.

—¡Eh, un momento! Yo... yo...

—Ya le ha oído: tendrá que esperar hasta mañana —comentó Lina.

El empleado se alejaba, cuando Renzo Borgesa empezó a inclinarse muy interesado, no sin solicitar:

—¿Me permite ver su moto?

—¿Por qué no?

—¡Vaya, vaya! Parece un modelo muy... ¡Muy interesante!

—Solo se trata de un modelo experimental.

—¡Y no tiene marca!

—No, señor: hasta ahora, solo la hemos puesto ese nombre.

—Swamp Rat —leyó Lina, sobre la panza de depósito de gasolina. Tradujo al instante y buscando los ojos verdes de Gino indagó:

—¿Y por qué «Rata de Pantano»?

—No sabría decirle, señorita: un nombre como otro cualquiera.

—¿Es profesional? —volvió a interesarse Renzo Borgesa.

—¿Profesional... de qué, señor?

—De motos, hombre: quiero decir si corre en los circuitos de...

—¡Oh, no! ¡No, señor! Jamás he tomado parte en una carrera.

—Pues tiene condiciones para hacerlo —recordó Lina—. Nos pasó con suma facilidad... ¡Y maniobrando muy bien!

—Lina entiende mucho de eso. Lina...

Un bonito nombre, para una bonita mujer, pensó Gino; pero se limitó a sonreírle y algo azorado manifestó:

—Bueno: tendré que esperar aquí hasta mañana.

—¿Iba a Florencia, joven?

—Sí, señor; pero me da igual. Pensaba volver a Milán mañana mismo. Trabajo allí en un taller.

—¿Me dice de qué?

—De mecánico, con mi tío.

—¿Qué te parece, Lina? Debe ser un buen mecánico, cuando ha montado una moto así.

—Sí... Yo me muero por una taza de té.

Señalaba al restaurante-cafetería del fondo cuando añadió:

—Venga con nosotros.

—¡Oh, no, gracias, señorita!

—No sea tímido: así fumaremos allí la pipa de la paz.

Mientras caminaban los tres, Renzo Borgesa recomendó sentenciosamente:

—Le aconsejo que no entre en guerra con Lina. ¡Es terrible cuando se enfada!

Gino Maglio volvió a buscar los ojos intensamente negros de la bonita muchacha. Le costaba trabajo creer que aquella criatura tan deliciosa a la vista, tan atractiva, pudiese ser «terrible» en nada, tal como había asegurado su maduro acompañante.

En todo caso, «terriblemente» encantadora besando y amando.

Le gustaba y le atraía, pero por otra parte se sentía como

molesto ante aquel hombre tan elegante, correcto y ciertamente conciliador, que sin duda alguna debería ser el amante rico de aquella muchacha que se permitía el lujo de vestir con tanta exquisitez y conducir un soberbio Maseratti de lujo.

CAPÍTULO IV

En la cafetería les sirvió una camarera pelirroja, que al instante se puso a mirar con ojos tiernos a Gino Maglio, como si su futura felicidad dependiese de una sola mirada de aquel joven tan arrogante, todo él vestido de cuero negro.

Cuando se quitó la chaquetilla y la fue a dejar sobre la silla donde ya reposaban su casco y los largos guantes, también de cuero negro, la insinuante camarera se inclinó junto a él y casi se le echa encima al ofrecer:

—Traiga, por favor: lo guardaré todo tras el mostrador.

—No se preocupe: está bien ahí.

—¿Es que no se van a quedar a dormir en el hotel? —insistió la camarera.

—Nosotros sí —dijo Renzo Borgesa.

Tocaba sobre la mesa una de las cuidadas manos de su hija, y al observarlo secretamente furioso, Gino pensó que lo hacía con cierto aire posesivo: como de propietario por lo que «pagaba».

No supo ciertamente por qué, pero aquello le dio coraje y sacando la cartera les anunció:

—Bien: yo les dejo aquí, amigos. ¡Que descansen bien!

—¿Qué hace usted, joven?

—Pagar.

—No, hombre, no: es usted nuestro invitado.

—¡De ninguna manera! —rechazó al instante Gino, con cierta altivez.

La camarera le cobró con todo el dolor de su corazón, hasta tuvo que aceptarle al rubio de los ojos verdes una generosa propina, escuchando que volvía a saludar tras apurar el café que él había pedido:

—Encantado de conocerles: buenas noches, señorita Lina.

Renzo Borgesa pagó con generosidad la sonrisa que le dirigió el joven, escuchando que la entrometida de su hija preguntaba:

—¿Por qué no se queda a dormir en el hotel ya que no le arreglarán la moto hasta mañana?

Gino Maglio estuvo muy cerca de confesar, lisa y llanamente, que no le quedaba dinero para alquilar ninguna habitación. Pero cierto rubor masculino le hizo decir:

—Quizá lo haga más tarde: ahora voy a pasear un poco. ¡Buenas noches! Nada más salir de la cafetería, Lina Borgesa le dijo a su padre:

—A ese podré diablo no le queda una lira. ¿Por qué le permitiste que pagase él las consumiciones?

—Se adelantó, hijita. ¿Qué podía hacer?

—Seguro que pasa la noche al raso.

—Eso es muy saludable a su edad, hijita.

—Tienes razón, papá.

—Y además, ¿qué nos importa a nosotros?

—Llévame al restaurante: todo esto me ha abierto el apetito.

—Pues yo, un poco de carne asada y una buena botella de champaña.

—Cuidado, papuchi. ¡Se te sube a la cabeza!

—No temas, hijita: mañana a Florencia y de allí a Roma.

* * *

Pegado a su «Rata de Pantano», Gino había ensayado todas las posturas para conciliar el sueño: pero la noche se había tornado fría y pese a su traje de cuero —lo mejor que tenía en todo su guardarropa—, no conseguía pegar ojo.

Sintió que unos leves pasos se acercaban y distinguió la inconfundible silueta femenina de Lina. Sintió sordo coraje y complejos al comprender que le descubriría allí, acurrucado como un paria; pero decidió que lo mejor era cerrar los ojos e ignorar a la preciosidad que le vendía sus favores al hombre maduro del Maseratti.

Pero aquella criatura, como siempre, se mostró implacable.

Gino Maglio sintió como una de las punteras del zapato femenino repiqueteaba sobre la suela de una de sus botas, al tiempo que la muchacha decía:

—Su moto vale para correr mucho con ella, pero no para dormir. ¿Verdad?

¡Qué remedio! Tuvo que rendirse y al quedar sentado se abrazó

a sus rodillas y miró hacia arriba al desear saber:

—¿Qué busca por aquí, Lina?

—A usted.

—¿Para qué? ¿Ya no le sirve el viejo?

—Por favor. ¡No sea descarado!

—¡Está bien! Aceptaré un cigarrillo de su misericordia.

—Tenga: es Winston.

—No me gusta el rubio. ¡Ni emboquillado!

—Mala suerte: no le puedo ofrecer más.

—Venga: anímese, mujer. Siéntese aquí, junto a mí.

—No: mejor se levanta usted.

—Le gusta mandar, ¿eh?

—Me gusta que me traten como a una dama.

—¡Ah, perdón! Ahora mismo me levanto.

Lo hizo y ella también le ofreció la oscilante llamita de su encendedor de oro Dupont: una preciosidad de un millón de liras, calculó el joven.

Lina fumó, lanzó la bocanada al viento de la noche y luego señaló a la moto al indagar:

—¿Con qué pagará mañana la avería?

—La arreglaré yo: con poco que me dejen las herramientas…

—¿Y si no se las dejan?

—Lo harán: entre los pobres somos solidarios.

—¿La quiere vender?

—¿El qué, Lina?

—Su moto. ¡Me gusta!

—¡Y a mí!… Y además, no es mía del todo.

—Eso puede arreglarlo: con pagarle a su socio su parte…

—Es mi tío. ¡Él nunca la vendería!

—¿Por qué no?

—Bueno, digamos que… Es el trabajo de toda su vida. ¡Algo muy especial para él!

Lina Borgesa empezaba a mostrarse inquieta, como impaciente. En realidad, estaba preguntándose a ella misma por qué estaba allí, ante aquel joven que no poseía una lira, y que además no se mostraba muy locuaz con ella.

Ni tan siquiera galante.

Aquellos grandes ojos verdes parecían reprocharle algo y

mirando el anuncio luminoso del cercano hotel terminó anunciando:

—Bien... Solo intenté ayudarle.

—Gracias, Lina.

—¿No va a decirme ni su nombre?

—¿No se lo dije antes a usted y a él? Gino... Gino Maglio.

Ella ya se retiraba con pasos indecisos, forzando una sonrisa al comentar:

—Que descanse junto a su moto... si es que puede.

—¡Eh, un momento, Lina!

—¿Qué le pasa ahora?

—Venga... Vuelva a por lo que es suyo.

Ella desanduvo unos pasos e intentó exclamar, muy «sorprendida»:

—¡Ah, mi carterita! Se me debió caer.

—No... La dejó «caer» usted de sus manos.

—¿Usted cree, Gino?

—¡Lo creo! Porque en el fondo es usted una buena chica. No sabe cómo ayudarme y ahora intentó ese truquito.

—¿Y no lo acepta, Gino?

Se miraban a los ojos, los dos serios, retadoras. Y guardaron silencio hasta que él opinó:

—Su viejo «amigo» se molestaría mucho de enterarse que así le ofrece usted dinero a un hombre más joven...

—Mi viejo «amigo» no es lo que usted se imagina.

—¿De verdad?

—No tengo por qué mentirle, Gino.

—Lo siento, Lina.

—Por si no le ha reconocido, él es Renzo Borgesa... ¡Mi padre!

Con el mayor asombro Gino Maglio pretendió retener a la joven al repetir, deseando confirmar:

—¿Renzo... el de las motos Borgesa?

—¿Tampoco me cree?

—¡Sí, claro!... Pero yo... ¡Cómo iba a suponer que...! Perdóneme, Lina... Yo... ¡He sido un estúpido! Creí que usted y él eran... eran... —y empezó a golpearse la cabeza, castigándose—. ¡Soy un idiota! ¡Un mal pensado y un borrego! No tengo arreglo y yo... ¡Maldita sea!

—No lo estropee más con tantos reniegos. ¡Ahora sí que me voy a dormir!

—¡No, espere! Quiero pedirle perdón y... ¡No se vaya todavía!

—Aquí hace frío —se quejó ella.

Como de acuerdo los dos miraron al fondo y él empezó a proponer:

—La cafetería está abierta toda la noche.

—¡Le convido a un café bien calentito! —se apresuró a decir ella.

—¡Y yo acepto encantado!

—¿Ya no siente complejos machistas?

—Bueno: me habría sabido a cuernos quemados si él... si el que pagaba era...

—De todas formas paga mi padre. El dinero que gasto todo es suyo.

—Pero es otra cosa muy distinta, ¿no?

—Es usted un caso, Gino. ¡Me parece que tiene muy poca experiencia con las mujeres!

—¿Le soy totalmente franco?

—Hágalo.

—¡Ninguna! Nulo de experiencias en mujeres como usted. ¡Palabra!

Los dos entraron en la cafetería risueños y al parecer felices. Desde el mostrador, la adormilada camarera pelirroja les miró con desgana, pero se enderezó.

O mucho se equivocaba, o su experiencia le decía que, dos jóvenes que se miran así a los ojos y a tales horas, tan risueños y alegres...

¿A que terminaban pidiéndole otra habitación?

¡Vivir para ver, señor!

Y mientras tanto, el hombre maduro con pinta de rico productor de cine, durmiendo tan inocente arriba...

CAPÍTULO V

La camarera acertó: terminaron pidiendo otra habitación y en ella entró la pareja, como recién casados.

La camarera pelirroja sintió una envidia terrible: tipos como aquel guapo gigantón de ojos verdes y cabellos rubios, no pasaban por allí todos los días.

Cuando regresó tras el mostrador y siguió dormitando apoyada en la caja registradora, se hundió en una nube de sueños eróticos que la hicieron estremecer.

Horas después, ya rayando el nuevo día, Gino volvió a la cafetería, pero ya no estaba la pelirroja: su puesto lo ocupaba un hombre que en la terraza regaba las plantas, que interrumpió su trabajo para entrar anunciando:

—No podré servirle café: la cafetera aún está fría.

—Solo quiero telefonear. ¿Puedo poner conferencia a Milán?

—Hágalo: ahí tiene la cabina.

Gino disco el número del taller y al poco la voz adormilada de Donneta se interesaba:

—¡Hola, Gino! ¿Qué ocurre? ¿Dónde estás? ¿Por qué llamas a estas horas?

—¿Puedo hablar con tu padre?

—Aún duerme. ¡Hoy es domingo!

—Ya lo sé, Done. ¡Pero es urgente!

—¿Te ha ocurrido algo? —volvió a interesarse la muchacha.

—Nada importante, mujer: una pequeña avería.

—Espera: voy a llamarle —pero antes volvió a indagar—. ¿Dónde estás, Gino?

—En Arno: un pueblo cerca de Florencia. ¡Date prisa, Done!

Mientras esperaba, con impaciencia, Gino buscó el paquete de Winston en un bolsillo de su chaqueta de cuero negro: también sacó un precioso Dupont de oro y se puso a fumar. Tras la primera bocanada de humo sonrió al ver en sus manos aquel encendedor de la mujer que había dejado arriba, en la habitación.

Aquel tipo seguía regando las plantas de la terraza de la

cafetería. Olía a tierra mojada y el silencio era de hora temprana: empezaba a salir el sol.

—¿Gino...?

—Sí, tío. ¡Soy yo!

—¿Qué me ha dicho Done de una avería?

—Nada de importancia: una pequeña pieza del vaporizador.

—¡Maldita sea! Seguro que la forzaste al máximo.

—Te repito que no tiene importancia, tío. Quiero... quiero hablarte de otra cosa.

—Done me ha dicho que estás cerca de Florencia.

—Así es, tío. Pero voy a seguir... ¡Hasta Roma!

—¡Gino! ¿Qué estás diciendo? ¿Qué tienes que hacer tú en Roma?

—Voy a trabajar, tío.

El silencio que siguió le hizo imaginarse el rostro de Piero Golnez, con la desilusión y el dolor en él. Y se emocionó cuando le escuchó decir casi con un hilo de voz:

—¿Ya te has cansado de nosotros, muchacho?

—No es eso, tío... Pero se trata de una buena oportunidad para mí. ¡Algo que no te puedes ni imaginar!

—Solo... solo me imagino una cosa, Gino... Que te vamos a echar mucho de menos. Que sin ti, mi hija y yo... ¡Maldita sea! ¿Y has tenido que decirme esto por teléfono, tan lejos de aquí? —estalló al fin.

—No me grites, tío. Sabes que me saca de quicio.

—¡Tengo derecho a gritarte! ¡Eres un ingrato! Te recogí de niño, cuando el inútil de tu padre no era capaz de encontrar un empleo y yo... ¡Te he cuidado y atendido como a un hijo!

—No empecemos, tío: toda esa historia me la sé.

—Y ahora que tanto te necesitamos huyes de nosotros para...

—¡No huyo, tío! ¡Solo busco una oportunidad!

—¿En Roma, tan lejos de nosotros?

—La cosa ha salido así. ¡Voy a trabajar como mecánico para la firma Borgesa!

Al oír el nombre, Piero Golnez volvió a guardar silencio. Un huracán de recuerdos se agolpó en su mente y su voz se alteró al decir:

—¿Có... cómo has dicho? ¿Te... te refieres a Renzo Borgesa?

—Sí, sí... Les he conocido por casualidad y su hija Lina es muy simpática. ¡Nos hemos enamorado, tío! Ella me ha prometido que estaré en los *boxes* de su padre... ¡Y que llegaré a correr con sus motos!

El nuevo silencio de Piero Golnez se fue prolongando, hasta el extremo de forzar a su sobrino a indagar, nervioso:

—¿Me has oído, tío? ¿Sigues ahí?

—Gino... Quiero que vuelvas hoy mismo. ¡Done y yo te necesitamos!

—¡Ya lo sé! Pero os enviaré dinero desde Roma y yo... yo...

—No es tu dinero lo que necesitamos, muchacho. Sabes muy bien que mi hija te quiere y que yo... yo...

—Deja de gimotear, tío. ¡Esta vez no me convencerás! Necesito abrirme camino... ¡Y lo voy hacer por mí mismo!

—Está bien, Gino. Eres muy libre de elegir, pero... ¿Y mi Swamp Rat?

—Tú moto está aquí averiada. ¡Te lo he dicho!

—No la toques. ¡Yo iré a por ella!

Momentáneamente, Gino quedó desconcertado. Eso no era lo que él había acordado con Lina Borgesa y por eso se puso a objetar:

—¡Eh, un momento, tío! La Swamp Rat es tanto tuya como mía. ¡He trabajado tanto como tú en ella! Creo que tengo derecho a...

—Gino... Esto sí que no me lo puedes hacer. ¡Sería tanto como robarme!

—¿Robarte? —exclamó indignado también el joven—. ¿Y qué me dices de los años que me has tenido esclavizado en ese mísero taller? Jamás me diste un sueldo y he trabajado como un negro, tío. ¡Ya estoy harto de todo esto!

Y sin más, llevado por su furia, colgó.

El tipo de la manguera había dejado de regar y trasteaba ante el mostrador de la cafetería. Gino volvió a encender otro Winston y caminó hacia allí indagando:

—¿Cómo está la cafetera?

—Sigue fría.

—Pues deme un coñac... ¡Doble!

—¿Bebe tan temprano?

—¿Y a usted qué le importa?

—Nada, desde luego, nada... No se enfade.

Gino Maglio apuró el vaso de un solo trago, con aire resolutivo.

El líquido le sentó en el estómago vacío como un tiro; pero el joven había decidido que ya era todo un hombre.

Arriba, sobre la cama tendida, Lina Borgesa era buena testigo de ello...

¿O no?

* * *

Así entró Gino Maglio por la puerta grande en la escudería del multimillonario Renzo Borgesa.

Le encantaba aquel agitado y variopinto mundo del motor de dos ruedas. Se sentía feliz en los *boxes*, revisando las motos, preparándolo todo, con las manos llenas de grasa y demostrando, en cada momento, que él era un excelente mecánico. Un hombre que sabía muy bien lo que hacía y que, cuando se necesitaba, era capaz de tomar decisiones propias.

Prácticamente, al poco tiempo en los *boxes* de Renzo Borgesa se hacía lo que el activo Gino Maglio decía. El resto de los empleados se habían fijado con la familiaridad y simpatía que el patrón trataba a aquel joven que, además, a nadie ocultaba que salía con su hija.

Un día que la 125 c.c. y hasta la 500 c.c. de la marca Borgesa competían en una carrera de poca importancia en el circuito de Campobasso, el patrón se presentó en su Maseratti y amable como siempre se interesó:

—¿Cómo va todo, Gino?

—Bien, señor Borgesa. ¡Todo listo!

—¿Cómo estamos, en la parrilla de salida?

—No del todo mal: Luss De Paolo hizo un tercer tiempo y Mario D'Oro un quinto.

—Bueno: hoy nos servirá de entrenamiento. ¡Pero hay que estar en los primeros puestos, para la carrera de Ferrara! ¡Allí se puntúa más, Gino!

—Lo sé, patrón... ¿No ha venido su hija?

—No... Hoy Lina tenía... no sé qué de una reunión en Roma. ¡Ya la conoces!

—Sí, patrón. Lina es así.

—Con franqueza, muchacho. ¿Cómo van vuestras cosas?

—Mal, señor Borgesa… Últimamente casi no la veo.

—Bueno, hombre, bueno… ¡Es natural! Tú tienes que viajar con todo el equipo de un circuito a otro y Lina no siempre nos puede seguir. Tiene sus amistades, sus bailes, reuniones… ¡Las mujeres son así!

No tan voluble como su hija, pero Renzo Borgesa sí solía pasar de una cosa a otra con harta frecuencia. De él se decía que en el fondo nada le interesaba realmente, al tiempo que se empeñaba en demostrar que se interesaba por todo. Y en aquella ocasión preguntó:

—¿Qué hay de tu moto, aquella que te fabricaste tú mismo?

—Pues… Sigue averiada.

—¿Todavía, Gino?

—Sí, patrón: no tengo tiempo para dedicarme a ella.

—Swamp Rat… ¿No la llamabas así?

—Sí, «Rata de Pantano».

—Me gusta el nombre y me pareció una buena máquina. ¿Por qué no la llevas a nuestros talleres y la reparas allí?

—Lo haré, patrón… Y si me permite…

—Adelante, Gino —le animó jovial.

—¡Yo quiero a su hija! ¡Estoy perdidamente enamorado de Lina!

El elegante Renzo Borgesa soltó una discreta risita complaciente. No le podían dar mejor noticia y lo demostró al incitar:

—Me parece muy bien, muchacho. Pero… ¿por qué no te casas con ella? No sabes lo feliz que me sentiré, el día que ya no tenga que ocuparme de esa cabeza loca. Si Lina se casa… ¡Al fin me sentiré un hombre completamente liberado!

—Es que su hija…

—Sigue.

—Bueno: creo que piensa que soy poco para ella… A ella le gustan los corredores, los famosos. ¡Los que ganan premios y todo eso!

—Pues nada, hombre: te saco la licencia y a correr por esas pistas de Dios.

—¿De veras lo hará, señor Borgesa?

—¿Y por qué no, Gino? Tienes madera y estás bien preparado. ¡El domingo próximo te quiero en Ferrara dispuesto a vencer!

—¡Lo conseguiré, señor Borgesa! ¡Se lo prometo!

—¿Montando la 125 c.c.?

—Preferiría su 500, patrón.

—¿No será excesivo para empezar, Gino?

—Ya la he montado muchas veces en los entrenamientos, para ver cómo iba.

—Pues no se hable más. Gino. ¡Ya eres corredor!

CAPÍTULO VI

Entusiasmado ante las nuevas perspectivas que se abrían ante él, Gino Maglio casi se pasó la semana entrenando.

Pidió permiso para trasladarse a Ferrara y una vez allí, sobre el asfalto del propio circuito que tendrían que recorrer setenta y dos veces, palmo a palmo lo examinó a pie, fijándose bien en el más mínimo detalle del terreno. Luego montó sobre la Borgesa 500 c.c., haciendo lo mismo una y otra vez, infatigable, para sacar el mayor rendimiento a la máquina.

El día de los entrenamientos oficiales, el nombre de Gino Maglio figuraba junto a los de los grandes ases, y tomaban parte las más famosas marcas del mundo: las B.M.W., las Honda, las Kawasaki, las Ducati, las Borgesa, las Yamaha, Suzuki, Minelli, Harlen y otras muchas más, porque en el circuito de Ferrara se puntuaba para el Campeonato Mundial de Velocidad.

También estaban allí, con la seguridad de su veteranía mil veces probada, los Kirk Coenn, Johnny Parson, Troy Ruttman, Mauri Rose, Jules Goux, Frank Schneider y, en los *boxes* de Renzo Borgesa sus favoritos César Chávez, el mejicano, y los italianos Luss De Paolo, Mario D'Oro y, por supuesto, su nuevo piloto Gino Maglio.

«El Novato» como empezaron a llamarle.

Por desgracia, el patrón le dijo que su hija Lina estaba en París para asistir a la boda de una amiga suya, una princesa alemana, amiga de colegio cuando eran niñas.

—Ya sabes —amplió el elegante Renzo Borgesa—. Una de esas bodas de la alta sociedad.

—¡Lástima! —lamentó el joven motorista—. Me habría gustado mucho que Lina viera mi primera carrera.

—Ya la verá luego en casa, hombre. Las tomamos todas en video.

—No es lo mismo, patrón.

—Te lo tomas muy en serio, Gino. Y nada de locuras, muchacho. Y voy a darte una regla de oro, para todo buen profesional: No trates de definir la carrera en la primera curva: más vale hacerlo en

la última recta.

Gino Maglio recordó a su tío y comentó:

—Eso lo decía siempre Piero Golnez, señor Borgesa.

—Sí... Creo que sí... ¡El mejor que he tenido!

Estuvo a punto de confesarle de una vez que él era sobrino de Piero Golnez, pero una vez más lo silenció. Ya hacía muchos años, pero toda Italia sabía que, en sus tiempos de gloria y esplendor, el famoso motorista había tenido sus devaneos amorosos con la esposa del multimillonario fabricante de motos.

En su viejo álbum de fotos, Gino Maglio tenía muchos documentos gráficos publicados en las revistas y en la prensa de su entonces feliz y triunfador tío Piero Golnez, junto a la hermosa y rica señora Georgesa.

Aunque, al final, aquel romance había terminado como el rosario de la aurora: Piero Golnez había tenido que rescindir su contrato con la marca Borgesa, a la par que la madre de Lina abandonaba a su esposo.

¿Qué habría sido de ella? ¿Vivía aún aquella hermosa y elegante mujer? Y si era así, ¿dónde estaba o se escondía de la curiosidad general?

Recordando todo esto, Gino Maglio se dijo que sería más prudente no complicarse la vida, confesándole a su patrón que él era el sobrino de Piero Golnez. ¿Para qué? Nada podía ganar con ello y sí perder mucho.

Aquella misma semana iba a hacer su soñado debut, como corredor profesional. Nada más realizar los entrenamientos oficiales, él pensaba conseguir el mejor tiempo, para así poder estar al día siguiente en los primeros puestos de la parrilla de salida.

¡Aunque tuviera que jugarse la vida para ello!

La noche del viernes prácticamente no durmió. Y aunque consiguió desechar de su mente a Lina, se pasó las horas con el circuito a recorrer metido en la cabeza, viéndose inclinado peligrosamente al tomar las curvas, pero consiguiendo que la poderosa máquina siguiera devorando la distancia y enderezarla al imprimir mayor velocidad, siempre apurando hasta el máximo para ir arrancándole fracciones de segundo al cronómetro.

Cuando llegó la hora, pese a la fría ducha y el autodominio que intentó imponer a sus nervios, Gino Maglio se comportó como un

auténtico novato en los *boxes*. No lograba estarse quieto, iba de un lado para otro, observaba a los diligentes mecánicos que repasaban las poderosas máquinas, y hasta su Borgesa 500 c.c. se le antojó un brioso y salvaje caballo pura sangre, que él no sería capaz de dominar, de someter al control de su cerebro.

—Para ganar es indispensable terminar la carrera. Y para terminarla es indispensable no salirse del camino. Es mejor ir en forma metódica acumulando experiencia, que tratar de emular a los campeones.

¡Siempre el tío Piero en su cerebro, martilleándole!

¿Es que no podía olvidarlo?

No pensaba seguir los consejos que siempre le había dado. Se lanzaría a tumba abierta y, o triunfaba rotundamente en su primera carrera, o sería la última.

Morir no es tan difícil. Y máxime cuando la mujer amada se llama Lina Borgesa y a uno le desdeña.

Él, Gino Maglio, no quería seguir siendo un don nadie.

¡Ansiaba triunfar!

Según los otros iban marcando los tiempos y, consiguientemente, los puestos que les correspondería ocupar en la salida al día siguiente en la competición a disputar entre todos, Gino Maglio se iba animando, o desanimando. Por ejemplo, Johnny Parsons y el australiano Troy Ruttman, consiguieron un tiempo excelente, que les situó primero y segundo, respectivamente.

Luego salió como una bala el mejicano César Chávez, de su propia escudería, estableciendo el récord del circuito, a una velocidad de 234 km/h.

Eso le hizo situarse en el primer puesto al veterano mejicano, que muy feliz y sonriente cuando saltó de su máquina exclamó retador:

—¡Ahí queda eso, manos! ¡A ver quién me lo mejora, chicos!

Mario D'Oro y Luss De Paolo quedaron en un quinto y un octavo discreto puesto, aunque en realidad, durante las setenta y dos vueltas al circuito podían muy bien presentarse como ganadores en la meta.

Los dos poseían la suficiente calidad y pericia para conseguirlo.

Eso sin contar las posibles averías, los fallos mecánicos y otros tantos factores que pueden intervenir en una carrera de velocidad.

Cuando le llegó el turno y los mecánicos le ofrecieron la Borgesa que debía montar, una vez más Gino Maglio la vio como un brioso potro salvaje. Su poderoso motor parecía piafar nervioso e inquieto y confusamente a través del casco llegó a oír que alguien avisaba, algo burlón:

—¡Ahí va el novato!

Pero el novato partió de la línea de salida como una exhalación, pisando a fondo cuando pasaba por la recta de las tribunas, con poca gente en los entrenamientos.

Gino Maglio iba decidido a no ceder ni un ápice de su endiablada velocidad, ni aún en las curvas. Maniobraría como Dios y su pericia le diera a entender, y si se salía de la pista embistiendo la barrera de las balas de paja, tanto peor para él.

Pero el domingo ocuparía el primer puesto en la parrilla de salida, relegando al segundo al presumido mejicano César Chávez, al que por lo tanto batiría estableciendo otro *record* del circuito de Ferrara.

Se ha escrito que el miedo de ser cobarde es el valor del valiente.

Mientras conducía la Borgesa al máximo de su potencia, Gino Maglio fue consciente de todo lo que se jugaba en aquel envite. El novato DEBÍA imponerse a todos sus compañeros de carrera, o ya siempre le llamarían así.

Y él anhelaba que, desde el domingo siguiente, todos le conocieran por El Campeón.

Si conseguía aguantar y lograba su objetivo, en poco tiempo llegaría incluso a ser mejor que su tío Piero Golnez.

Era algo que le obsesionaba.

Ahora se daba cuenta de que aquel afán de superación había venido obsesionándole desde muy niño. Desde que en el colegio, y aún en la Universidad, con orgullo coleccionaba las fotos de su tío.

Los documentos gráficos de todo un triunfador.

Llegó a la primera curva, pero Gino no aflojó. Salió de ella de milagro, pero se animó a sí mismo diciéndose que los milagros también se repiten.

¿Por qué no?

¿No es la vida un juego en sí? Y además, cuando uno en nada estima su propia vida, se convierte en dueño de las ajenas.

La segunda, la tercera y aún la cuarta curva, ¡también las superó! En los *boxes*, el cronometrador oficial auguró, alarmado:

—¡Ese chico se le mata, señor Borgesa!

Con los prismáticos siguiendo la veloz carrera de su nuevo piloto, el rico fabricante opinó:

—No lo creo, señor Parluzzi... ¡Tiene madera de campeón y lo está demostrando!

—¿Pero no ha visto que no frena en las curvas?

—Pero sale de ellas, ¿no?... ¡Pues es lo que importa!

También calculando a mitad del recorrido, el mejicano César Chávez refunfuñó:

—¡Ese crío me va a chafar!

Y le «chafó» con un registro de 8,23 segundos sobre el récord del circuito de Ferrara, que aquel mismo día él acababa de establecer.

La prensa ya podía empezar a escribir sobre un nuevo «fenómeno». El nombre de Gino Maglio empezó a sonar.

* * *

Mientras cenaban, la joven Donneta Golnez opinó con firmeza:

—Devuélvale el dinero, padre. Yo al menos... ¡No quiero nada de él!

Piero Golnez dejó de leer la prensa deportiva, cansada su única pupila. Tardó en responder a su hija, y cuando lo hizo fue para decidir:

—No, Done: Gino se llevó algo que es mío... ¡Muy mío! Cuando lo restituya, entonces le tiraremos su dinero a la cara.

Y aún añadió antes de volver al viejo taller:

—¡Yo tampoco quiero nada de ingratos!

CAPÍTULO VII

Pese a ocupar el primer puesto en la parrilla de salida, Gino Maglio no ganó en el circuito de Ferrara.

Puede decirse que pagó su novatada y que, en la vuelta número treinta y cuatro, casi justamente a mitad de la carrera, «rompió» su máquina. Una avería mecánica le obligó a abandonar y llegó a los *boxes* cabizbajo y llorando de rabia.

Por primera vez desde que le conocía, el elegante Renzo Borgesa dejó de ser amable y sonriente con él y le apostrofó, iracundo:

—¡Eres un estúpido! No todo se consigue con valor y fuerza. ¡Hay que saber utilizar la cabeza!

Dio media vuelta y le dejó allí, rumiando la amargura de su fracaso. El triunfo había sido para el mejicano César Chávez y burlonamente le ofreció la gran botella de champaña, que había recibido junto con el premio y los aplausos.

Gino rechazó la invitación del amigo, pero aquella misma noche se emborrachó.

Se sentía muy solo, como perdido. Incluso en un momento de su embriaguez, en la habitación del hotel, solicitó conferencia con Milán. La telefonista de la centralita le anunció que había demora y entonces decidió, sirviéndose otra copa:

—Déjelo, señorita. ¡Ya no me interesa!

¿Qué les podía decir a Donneta y a tío Piero?

Al día siguiente, al tener que viajar para Mónaco donde tendría lugar la siguiente carrera quince días después, el trabajo le hizo olvidar su fracaso. Incluso le animó algo leer en la prensa deportiva que había realizado una excelente carrera, hasta que una avería mecánica le obligó a abandonar. El mismo César Chávez le consoló:

—Tranquilo, chico. Eso pasa a veces: sobre todo en las primeras pruebas.

La mujer de César Chávez, que acompañaba a su marido a todas partes, fue más dura con él y comentó:

—No se puede llegar y besar al santo, mi amigo. Las carreras se ganan en la pista, sabiendo montar y dominar a esos monstruos, no

a la hija del patrón.

La alusión a Lina Borgesa le dolió a Gino Maglio. Todos rieron la broma porque allí, cuando ganaba uno de la casa, todos celebraban el triunfo. Pero al novato le molestó: como decía aquella vivaz mejicana, nadie mejor que él sabía que Lina Borgesa ya no se dejaba «montar» por él.

Le estaba dando de lado: le rehuía.

El capricho de Lina Borgesa por él había pasado.

De cualquier manera, los días que tuvo que pasar en Mónaco le sentaron bien. Las horas libres las pasaba en la playa, bañándose como un turista más y tostando la piel, entre una gente que Gino Maglio jamás había tratado: hombres y mujeres que parecían haber nacido solo para disfrutar y darse buena vida. Gente que tenía dinero, y lo demostraba; privilegiados la mayoría de ellos que llenaban los lujosos hoteles, los muchos yates que recalaban por toda la Costa Azul y hermosas y jóvenes mujeres que acudían allí, como moscas a la miel.

Mientras entrenaba y volvía a soñar con el triunfo en su segunda oportunidad, Gino Maglio fue «madurándose» y haciéndose más mundano a lo largo de aquellas costas: St. Tropez, Frejus, Antibes, Cannes, el mismo Mónaco y su Gran Casino, Niza, Mentón, Bordighera y a veces llegaba hasta San Remo, donde conoció a la singular Nicole Laurent, una famosa y joven danzarina de ballet, recién llegada de Moscú con el resto de su compañía y que estaban descansando unos días.

El enamoradizo Gino Maglio quedó prendado de aquella mujer.

No había para menos, porque Nicole Laurent era una preciosa muñequita de rutilante juventud, pero con un cuerpo ondulante y apetitoso de toda una hembra hecha y derecha, además de muy apasionada.

La tarde que la conoció vestía un lindo jersey, blanco como la nieve, corto y ceñido, que dejaba al descubierto su ombliguito tostado, gracioso y redondo, y que oprimía sus pechos erectos, generosos y pujantes por la energía y vitalidad de su juventud voluptuosa, huérfanos de sostén, ya que sin él también se mantenían tiesos y desafiantes como dos montes.

Cuando se acercó a ella, Gino solo tuvo que atisbar con ojos golosos por el vértice del amplio escote en «V». La corta falda azul

celeste que llevaba completaba su deportiva indumentaria, descubriendo la perfección de sus muslos y de sus rodillas, así como el trazo escultórico de aquellas piernas ágiles, que tanto sabían de baile.

Las redondas y brillantes pupilas color ámbar de Nicole Laurent le cautivaron, cuando prendidas en su rostro le sonrieron con satisfecha complacencia. El diálogo resultó fácil entre ellos, porque Nicole no solo ha biaba su idioma, el francés, sino también el italiano, y hasta incluso el inglés, el alemán y el ruso.

—Los aprendí dando vueltas por el mundo —le confesó deliciosamente—. Pero empiezo a estar cansada —confesó—. El día que me enamore de verdad... ¡Abandonaré el ballet!

Ni que decir tiene que Gino Maglio se esforzó al máximo para que aquella maravillosa criatura dejase de deleitar al mundo con sus danzas.

—¡Desde ahora solo me deleitarás a mí! —le dijo a la tercera noche de su desbordada pasión.

Lo único que no le gustaba de Nicole era un antipático y ladrador perrito faldero que llevaba con ella a todas partes. Se trataba de un pequeño caniche blanco, caprichoso, mandón y posesivo, con ojos siempre irritados, que desde el primer momento no hizo buenas migas con él.

Nicole le llamaba «amor» y Gino empezó a dudar si realmente no lo era. ¡Hasta en la cama tenía que estar presente aquel chucho, a veces rabiando de celos mordisqueándole a él los tobillos!

Nicole se divertía mucho con todo aquello. Gino odiaba al perrillo.

Naturalmente, ignoraba lo importante que resultaría en su vida aquel pequeño y rabioso caniche blanco...

* * *

Gino Maglio tuvo que conformarse con el cuarto puesto en la parrilla de salida del Gran Premio de Mónaco.

Pero teniendo en cuenta que corrían los mismos ases de siempre además de haberse inscrito también el famoso Bob Sweikert y Sam Vulkovich, para un «novato» como él aquello significaba mucho.

Las tribunas estaban repletas, presididas por el príncipe y su

elegante esposa: la exestrella del cine americano, que precisamente sentaba a su izquierda a Nicole Laurent, la famosa bailarina de ballet.

Naturalmente, Nicole sentaba en su regazo al inquieto cascarrabias perrillo, al que parecían molestar tanta gente y hasta el ruido de los motores.

Desde los *boxes*, Gino Maglio pudo escuchar sus estridentes y agudos ladridos de protesta.

—¡Así te ahogues! —deseó, mientras se acoplaba el casco protector, en los últimos instantes.

Cuando al fin se dio la salida, César Chávez, el americano Johnny Parsons, Luss De Paolo y el australiano Troy Ruttman partieron ante él como auténticas exhalaciones, pero Gino se lanzó tras ellos como un cohete pisando a fondo.

A la novena vuelta ya había dejado atrás al australiano, pero al ponerse a la par de Luss De Paolo, este le hizo una señal de que no le atosigase.

Gino Maglio no le hizo caso.

Recordaba perfectamente que el patrón les había indicado a César Chávez y a él mismo:

—Hoy ayudaréis a Luss lo más posible.

Naturalmente, Renzo Borgesa siempre recomendaba a sus pilotos que trabajasen en equipo. Lo que realmente importaba era que su marca se alzase con el triunfo. Así es que, aquella vez, si Luss De Paolo aguantaba bien y lograba mantenerse en el grupo de cabeza, el trabajo a realizar no era competir entre ellos, sino más bien irle quitando los «moscones» que le perseguían.

Otra cosa debía hacerse si Luss iba quedando rezagado o sufría alguna avería mecánica. Entonces el favorito pasaría a ser el mejicano César Chávez, puesto que Gino solo era corredor de reserva.

Pero en su entusiasmo, con sus ansias de triunfo, Gino Maglio olvidó todas las instrucciones.

Él corría para ganar, no para servir a ningún otro.

Luss De Paolo siguió haciéndole gestos y señas, cuando en una cerrada curva Gino Maglio aceleró indebidamente, para rebasarle por dentro.

Cuando Gino comprobó que la arriesgada maniobra le había

salido bien y que solo volaban delante de él Sam Vulkovich y Bob Sweikert, se animó más y se lanzó a su caza.

No consiguió rebasar al checoslovaco hasta la décima segunda vuelta, pero lo hizo de una manera espectacular: en plena recta de tribunas y bajo un clamor que hizo levantar a la gente de sus asientos.

En la siguiente vuelta ya seguía el trazado del preocupado Bob Sweikert, que no hacía más que girar la cabeza y que, en una de esas ocasiones, al perder tan solo unas fracciones de segundo, se salió de la pista.

El austríaco salió despedido de su poderosa máquina como un frágil pelele de trapo, volando prácticamente por el aire. Más tarde, Gino se enteraría que se había fracturado la columna vertebral, así como astillado el tobillo derecho y roto el brazo izquierdo.

Tendría para muchos meses, si es que se recuperaba.

Pero en aquellos instantes Gino Maglio solo pensó en una cosa.

¡En su triunfo!

Ya tenía el camino despejado hasta la meta y, si sabía cuidar la Borgesa que conducía, dosificar el esfuerzo de la máquina para solo mantener aquella ventaja, el banderazo de la victoria sería para él.

¡Su primera victoria!

Luego vendrían muchas más, por supuesto. Aquello solo era el principio de una carrera fulgurante: estaba escrito que hasta llegaría a superar la fama de su tío Piero Golnez.

Cuando dobló al corredor más rezagado, también lo hizo de forma magistral. Buscó la espectacularidad en la hábil maniobra, consciente de que eso entusiasmaba al público.

La ambición le cegaba.

Tenía prisa por llegar, ¡mucha prisa!

Ahora ya no solo quería subir al *podium* y ser aclamado por la multitud, alzando los brazos sonriente y con la corona de laurel en ellos, dispuesto a beber el champaña en la copa del premio, sino que al día siguiente todos los cronistas deportivos pudieran escribir que también había batido el *record* del circuito.

Ya no sería más corredor de reserva. El mismo Renzo Borgesa le abrazaría con entusiasmo desbordado, y hasta era posible que la voluble Lina volviese a él.

Pero entonces…

CAPÍTULO VIII

Confusamente, un animalillo como una liebre blanca cruzó la pista, Gino vio que pasaría sobre él si no reducía la velocidad con el cambio de marcha y el freno.

¿Qué le podía importar a él la vida de un estúpido conejo despistado?

La poderosa Borgesa 500 c.c. aplastaría aquel blando obstáculo con la facilidad con que se pasa sobre un simple papel de fumar. De la liebre blanca no quedaría más que un sangriento amasijo pegado a la pista.

Pero, una fracción de segundo después, Gino Maglio vio con alarma que la liebre blanca se convertía en el caniche de Nicole. Sí: en aquel perrillo imbécil y siempre malhumorado que había escapado de los amorosos brazos de su dueña, para lanzarse a la pista y correr alocadamente.

Muy posiblemente, terriblemente asustado… Nunca sabría por qué lo hizo.

Él odiaba al perillo y, además, nada debía interponerse ante el triunfo que ya tenía seguro: solo le faltaba una vuelta.

Y sin embargo…

Unos reflejos que no supo de qué parte de su cerebro partieron, le impelieron a efectuar la maniobra más peligrosa que podía realizar lanzado a aquella velocidad, que se empeñó al mismo tiempo en no reducir: con firmeza empuñó el manillar y pretendió hacer una rápida «ese» que no logró terminar.

La inercia de la velocidad imprimió un brusco movimiento a la moto y su conductor salió despedido del sillín, como disparado por una catapulta.

Un clamor general se alzó en las tribunas.

Gino Maglio «aterrizó» sobre las balas de paja que servían de protección, medio inconsciente y con un agudo dolor en el tobillo izquierdo.

No perdió del todo el conocimiento y por eso supo que también perdía aquella carrera. Como balas de cañón los otros competidores

pasaron ante él, uno de ellos milagrosamente sorteando su moto que aún rugía tendida casi en el arcén.

Cuando acudió la ambulancia lo primero que le pudieron oír los sanitarios fue una desgarradora exclamación:

—¡Maldito! ¡Maldito seas, perro del demonio!

Gino Maglio sintió la humedad de amargas lágrimas en las mejillas…

* * *

Ayudándose con el bastón, Gino Maglio intentó caminar en el cuidado jardín de una lujosa clínica particular, donde le había llevado el capricho y la voluntad de Nicole Laurent.

Ella se sentía responsable, por la travesura de «amor» que, por supuesto, reposaba tranquilamente en los amorosos brazos de su dueña.

Gino clavó ojos asesinos sobre el perrillo y manifestó entre dientes:

—¡Debí aplastarle!

—¡Oh, no, cariño! —protestó ella—. Mi «amor» y yo agradecemos mucho lo que hiciste. ¡Solo los hombres maravillosos como tú, son capaces de hacer cosas así, tan hermosas!

—¿Ah, sí? Pues fíjate cómo me mira «amor». ¡Ese chucho me tiene rabia! ¡Seguro que cruzó la pista para fastidiarme!

—No digas eso, Gino: le asustó el ruido de los motores y se me escapó.

—¡Menuda bronca me espera ahora! Mi patrón estará que echa las muelas.

—Te equivocas. ¡Mira lo que ha declarado a la prensa de ti!

El asombrado Gino Maglio tomó el periódico que le ofrecía y pudo leer: «Gino Maglio, vencedor moral del Gran Premio de Mónaco».

El articulista se deshacía en elogios sobre él, argumentando que en el «corazón de hierro» de aquellos deportistas suicidas que desafiaban a la muerte sobre sus veloces máquinas, también había humanidad y nobles sentimientos. Ante miles de personas emocionadas, uno de ellos había tenido la generosidad de renunciar al triunfo, y a su propia vida incluso, arriesgándola en una

maniobra para salvar la de un perro.

Y el presumido y siempre diplomático Renzo Borgesa, añadía de su propia cosecha en declaraciones a la prensa: «Es que yo solo admito a auténticos caballeros en mi equipo. No voy a negar que a la marca Borgesa le encantan los triunfos. ¡La victoria siempre es sabrosa, señores! Pero les tengo dicho que cuando tengan que elegir entre un triunfo moral o material, siempre se inclinen por el primero».

—¡Vaya con el viejo! —exclamó Gino.

—Eres el hombre del día, cariño —proclamó Nicole—. ¡La noticia dará la vuelta al mundo!

—No… si tendré que hacerle un mimito a tu chucho.

—¿Por qué no se lo haces?

—¡Me es antipático!

—¡Mi «Amor» te quiere!

—¡Mientes, Nicole! Ese pequeño monstruo solo te quiere a ti.

La otra noticia aún dejó más sorprendido a Gino Maglio: también para compensar las serias averías de la destrozada moto, la rica Nicole Laurent le había comprado una nueva Borgesa 500 c.c.

—No debiste hacerlo, Nicole.

—¿Y por qué no? El señor Borgesa se mostró muy feliz con mi encargo. ¡Hasta me hizo un precio especial!

—El muy bribón siempre sale ganando.

—¡Oh! Al señor Borgesa no le importa el dinero. ¡Tiene muchos millones!

—¡Cierto! Pero cada día quiere amasar más.

—Dejaré el hotel, alquilaré una villa y allí juntitos te ayudaré a que te repongas, mi amor.

La palabra «amor» hizo que el perrillo se pusiera a ladrar, agitando feliz su corto rabo. El hombre volvió a clavar ojos iracundos en el animalejo y empezó a objetar:

—¿Y qué haremos con los celos de este? Ahora tengo el tobillo dolorido y si me muerde en él…

—Mi «Amor» será bueno y se portará bien. ¡Le he dicho que vivo por ti!

—Por las trazas, no te ha entendido. ¡Me enseña los dientes!

—Solo te sonríe, cariño.

—¿Y qué pensarán los de tu compañía?

Nicole Laurent hizo un gracioso mohín con sus rojos y sensuales labios, comentando:

—Nadie se mete en la vida privada de los otros.

Somos trashumantes del arte, que van por el mundo proporcionando la emoción de la danza y la belleza. ¡A nosotros se nos perdona todo! El público comprende, es indulgente con nuestras flaquezas y debilidades, cariño.

—¡Vaya! Te salió redondo, Nicole.

—Además, todos conocían ya nuestro idilio…

—¿Te gusta la publicidad, verdad, nenita?

—Me hace falta. ¡Tanto como a ti!

—Por mí, anunciamos la boda. «La preciosa y exquisita Nicole Laurent, la mejor intérprete mundial de ballet, se casa con Gino Maglio, un pobretón corredor de segunda fila de motos». ¿Qué tal?

—No hace falta la boda, cariño. ¿No sabes que se llama «santo» al matrimonio, porque cuenta con innumerables mártires?

—Divertido eso.

—Te diré más.

—¡Adelante, preciosa!

—El matrimonio es como una plaza sitiada: los que están fuera de ella quisieran entrar… ¡Y los que están dentro quisieran salir!

—¿Dónde aprendiste esa filosofía, Nicole?

—Por ahí… Rodando entre la farsa del mundo.

—¡Bravo! ¡Colosal! En vez de bailarina, debiste ser actriz.

—Ya verás, amor. ¡Viviremos un gran idilio!

—¿Hasta cuándo, Nicole?

—¡Hasta que dure! ¡No es perfecta la vida que no se ha vivido con pasión durante la juventud!

—Me asustas, Nicole… ¡Me aterras!

—¡Bésame, Gino!

Fue a hacerlo: lo intentó acercándose a la apasionada mujer. Pero el perrillo se puso a ladrar.

CAPÍTULO IX

La prensa del corazón —y la que no lo es también— siempre anda a la búsqueda de noticias «sabrosas» que alimenten la curiosa morbosidad del público que, precisamente por su vida tranquila y burguesa, monótona y aburrida, encuentra fantasía y aliciente en la existencia de los famosos.

Que un perro muerda a una persona, ya no es noticia sustancial. Que la persona muerda al perro, lo es.

Así que, si un hombre normal se enamora de una joven y vive con ella, a nadie interesa. Pero si la mujer es una famosa bailarina de ballet, internacionalmente conocida, y él un corredor que empieza a despuntar cuya foto ha salido en todas las revistas y periódicos, las cosas cambian mucho.

Hasta «amor» salió en las portadas y los reportajes interiores a todo color, interesándose el periodista por lo que su dueña daba de comer a su perrillo, quién se lo había regalado y hasta cuántos pelos blancos tenía en su corto rabo.

La villa en la que les hicieron la entrevista tenía piscina, un hermoso jardín y resultaba moderna y funcional. El periodista se olvidó consignar que era de alquiler por lo que, siempre fantaseando, el lector llegaría a pensar que la famosa bailarina Nicole Laurent poseía una residencia de ensueño.

Tanto Nicole como Gino daban la imagen. Eran jóvenes, atractivos y se mostraban muy felices. Sus hermosos cuerpos se prestaban para las fotos en la piscina, en el jardín y en el interior de la casa, tiernamente juntos, medio tendidos en amplio sofá, jugueteando divertidos con su compañero, el perrillo «amor» que tiraba furioso de una de las zapatillas del motorista, que fingió ante la cámara una sonrisa de satisfacción, muy lejos de la realidad.

Pero, pese a todo este preparado escenario, muy discretamente el periodista aseguraba que, según declaraban ellos mismos, Nicole Laurent y Gino Maglio solamente eran buenos amigos, dos excelentes camaradas...

Que el lector interpretase las cosas a su gusto y capricho.

Quien lo interpretó de la peor manera posible fue Lina Borgesa. Ella había sido muchas veces la intérprete de historias parecidas y no se la podía engañar: sabía muy bien por dónde iban los «tiros».

Cuando uno de aquellos reportajes llegó a sus manos, furiosa como una gata en celo, le comentó a su paciente padre:

—¡Ya le daré yo a esa sucia bailarina! ¡La haré danzar, pero de cabeza!

Examinando su valiosa colección de sellos en su magnífica residencia romana, Renzo Borgesa alzó la lupa, pareció desear también examinar con detalle a su voluble hijita e indagó:

—¿Pero no te habías olvidado ya de Gino, pequeña?

Con una lógica muy femenina la rica heredera «razonó»:

—Una cosa es que yo le olvide, y otra muy distinta que me olvide él, papá.

El maduro multimillonario abrió la boca como un pez fuera del agua y solo acertó a exclamar:

—¡Ah! Si es así, hijita…

—¡Lo es, papá! ¡No consentiré que esa bruja me quite a Gino!

—¿Por qué no os lo repartís entre las dos, como buenas amigas? —propuso el dueño del palacete, sin dejar de mirar con la lupa un único ejemplar de la dinastía austrohúngara.

—¡Papá, por favor! A veces dudo que seas italiano. ¡Tienes sangre de horchata!

—Yo diría mejor de *whisky*, hijita. ¡Es lo que más bebo!

—¿Vas a ir al Gran Premio de Birmingham, papá?

—¡Por supuesto, hijita! Así, de paso haré algunas compras en Londres.

—¿Y crees que Gino ya podrá correr?

—Eso me ha confirmado por teléfono. Lo de su tobillo no fue nada.

—¡Te acompañaré! —decidió la voluntariosa muchacha.

—¿A Inglaterra? —quiso confirmar su padre.

—¿Adónde va a ser, hombre? La próxima competición es en Birmingham, ¿no?

—Yo creí que ya no te interesaban esas cosas, hijita.

—¡Pues siguen interesándome!

—Sobre todo Gino, ¿verdad, Lina?

—¡Oh, papá! A veces eres desesperante y comprendo a mamá.

Al oír aquello, el siempre correcto y amable Renzo Borgesa olvidó su colección de sellos, dejó la lupa, miró fijamente a su hija y poniéndose muy serio explotó.

—Y yo comprendo que seas su hija... ¡Has salido igual que ella!

—¡Papá!

—¡Ni papá ni cuernos!

Luego se levantó, dio media vuelta y la voz más sosegada anunció:

—Voy a dormir... Buenas noches, hijita.

—Que descanses, papá.

Pero Lina quedó muy perpleja viendo alejarse a su padre. Aquel hombre pocas veces perdía los nervios y jamás la había hablado así.

—No debí recordarle a mamá —musitó.

* * *

Al fin, Gino Maglio ganó en Birmingham, más tarde el Primer Premio de Edimburgo, en Escocia, y también el de Dublín, en Irlanda.

En el circuito del Jarama de Madrid hizo un segundo puesto, y nuevamente volvió a gustar las mieles de la victoria, en Estocolmo, en Copenhague y un cuarto puesto en Dusseldorf, en Alemania.

Cuando solo faltaban tres Grandes Premios para que se decidiera quién era el campeón mundial de la categoría en 500 c.c. Gino Maglio sobrepasaba en 20 puntos a su más inmediato seguidor, el australiano Troy Ruttman.

Matemáticamente, bastaba que consiguiese en los tres circuitos que restaban siete u ocho puntos —fáciles de lograr con un cuarto puesto, un quinto y aún un sexto—, para que nadie le pudiese arrebatar el título mundial.

El fruto ya estaba maduro y solo tenía que mostrar paciencia y cordura, para llegar a la cúspide más alta.

Hacía tiempo que ya era el número uno en los *boxes* de Renzo Borgesa. Había sabido imponerse en las pistas y, además, sus relaciones tormentosas con Lina se habían reemprendido en el sitio que las dejaron: era natural que el rico fabricante le protegiese.

Deportivamente, el resto del equipo había aceptado al nuevo líder. Solo el mejicano César Chávez había hecho un comentario un

tanto irónico al predecir:

—Durará poco. ¡Ese loco se matará!

Por lo que respecta a Nicole, sus compromisos artísticos la habían llevado al Garden de Nueva York. Desde tan lejos, con todo un océano en medio, mal podía la danzarina vigilar su «propiedad». Gino no hizo más que volver a dejarse querer por Lina quien, a su vez, una vez recuperado lo que consideraba «suyo», pronto volvió a perder el interés por el joven motorista, por más que él la ofreciese sus triunfos.

¡La vida es así, señor!

* * *

Efectuados los cálculos, Renzo Borgesa decidió que, puesto que César Chávez se iba a retirar, el Primer Premio de Austria a celebrarse en Viena, lo podía ganar el mejicano. A Gino Maglio le bastaba con llegar el segundo, el tercero o bien el cuarto: y si también puntuaba en los otros dos circuitos que faltaban, el campeonato mundial nada se lo podría quitar.

Todo el equipo estuvo de acuerdo, excepto Gino.

Argumentó que él quería ir sobre seguro: quería terminar el campeonato con dos primeros premios más.

—Serás campeón, Gino —intentó razonarle Renzo Borgesa—. Pero a todos nos gustaría que César terminase con un primer premio en Viena para su palmarés.

—¿Y si me caigo en París, o tengo una avería en Roma? ¡Adiós todo lo que he conseguido!

—En París y en Roma te ayudaremos Luss y yo —prometió D'Oro.

—¡Ni hablar, chicos! Os he dicho que quiero ir sobre seguro.

—No seas tan ambicioso —reprochó Luss—. ¿Se te ha subido el éxito a la cabeza?

—Aquí, que cada uno aguante su vela —insistió Gino—. Si puedo ganar en Viena, ¿por qué he de conformarme con un segundo, tercero o cuarto puesto?

—Ya tienes suficiente ventaja de puntos, como para ni aun así perder el campeonato.

—¡Hay muchos imprevistos! Puedo romper en los dos últimos

circuitos y, ¿entonces, qué?

Renzo Borgesa no quiso intervenir más. Bien mirado, a él también le interesaba que Gino Maglio asegurase el campeonato del mundo. Así su marca de motos ganaría fama y celebridad y ello, en el aspecto comercial, significaba mayor número de ventas.

Bastantes millones de liras al año.

Quedaba el aspecto moral, la satisfacción, bien merecida durante muchos años de jugarse la vida sobre las motos, del mejicano César Chávez. Después de aquella carrera en Viena se iba a retirar y soñaba hacerlo como triunfador del Gran Premio de Austria.

Con un buen recuerdo, para los años de nostalgia que seguirían.

Pero, tras los argumentos de Gino, ahora no solo tendría que luchar con los pilotos de las otras marcas rivales, sino también contra aquel ambicioso de su propio equipo.

No obstante, deportivamente terminó aceptando:

—No se preocupe, patrón. Me secunde o no Gino… ¡en Viena entraré el primero en la meta!

—No me gusta esta rivalidad entre vosotros, muchachos. ¡No me gusta! —receló Renzo Borgesa.

Pero, desde aquellos instantes, la rivalidad más feroz y enconada quedó abierta entre César Chávez y Gino Maglio.

Y no hay nada peor que la guerra abierta entre los componentes de una misma escudería.

CAPÍTULO X

Gino Maglio no viajó con el resto del equipo. No dejaba de notar la sorda tensión entre él y el resto del grupo, incluyendo incluso a los mecánicos.

Tomó el avión directo hacia Viena y, para consolarse, esta vez se hizo acompañar por Martha Wonkruger, una famosa modelo sueca que no hacía mucho había sido la protagonista de un gran escándalo en París: el escultor que cincelaba su hermoso cuerpo se había pegado un tiro en su estudio de Montmartre, dejando escrito antes una nota muy acusadora: «No aguanto tus infidelidades, Martha. ¡Hasta el infierno!».

Obviamente, este desgraciado incidente no alteró en nada la existencia de la bonita y elegante modelo. Su rostro de exquisita y frágil walkiria nórdica se hizo doblemente famoso, sobre todo en la portada de Vogue en donde declaraba en el artículo de fondo:

«Jamás estuve enamorada de Mirkus Straprus. ¡Nunca le amé ni fui suya! Lo único que me unía a él era su arte maravilloso; por eso consentí en posar para él».

En Penthouse también declaró: «Mirkus Straprus tomaba drogas. ¡No me siento responsable de su muerte!».

El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Con todo aquello Martha Wonkruger subió de cotización y una casa de alta costura de Viena la contrató para el pase de unos modelos que, por alguna analogía sin «malicia», el modisto su creador los llamó «Huida del Amor al Infierno».

Posteriormente, se venderían mucho, poniéndose de moda aquel estilo vaporoso en toda Europa.

Y como daba la coincidencia de que Martha y Gino iban hacia Viena, ¿por qué no volar juntos y consolarse mutuamente?

Un fino instinto —quizá inspirado en lo que más o menos había sido la agitada vida de su famoso tío Piero Golnez— le llevaba a Gino a no desaprovechar ocasión para que la prensa, las revistas, la radio y la televisión siempre hablasen de él.

Y no solo en los circuitos, cuando volaba con su moto como un

bólido hacia la meta. Nadie como él para llamar la atención. En Turín pegó a un fotógrafo, aunque más tarde apareció en la prensa local pidiéndole perdón. En Madrid estuvo unas horas detenido, por quitarle a un guardia urbano su casco blanco: en Mallorca «salvó» a una muchachita de morir ahogada en la playa y, «casualmente», unos fotógrafos aparecieron por allí en el momento oportuno, como brotados por arte de magia de la arena. En Roma tomó parte en un festival pro UNICEF; en Bruselas asistió a un baile de la Cruz Roja Internacional; en Londres los Rollings Stone le hicieron subir al escenario y cantar y bailar con ellos.

¿Cuándo dormía y descansaba aquel hombre?

En el vuelo a Viena tuvo la humorada de anunciar su boda con la modelo Martha Wonkruger.

La noticia corrió como reguero de pólvora y, nada más instalarse en el hotel, le avisaron que tenía conferencia con Milán. La sueca se estaba desnudando, pero se interesó:

—¿Con Milán? ¿Quién te llama desde allí, Gino?

Gino Maglio quedó muy serio, pero al fin recordó:

—Debe ser mi tío... El muy cabezota, después de tanto tiempo, ha debido decidir volver a ponerse en contacto conmigo.

—¿Quién es tu tío, mi amor?

—Pues... ¡Mi tío, nenita! ¿Qué importa su nombre?

—¡Ah, ya caigo! Ha debido creerse eso de que tú y yo vamos a casarnos y te llama para felicitarte. ¡Es todo un detalle, mi rey!

—No... No creo que esa noticia le haga mucha gracia.

La muchacha de la centralita del hotel le avisó que ya podía hablar con Milán. Gino carraspeó muy serio e indagó:

—¿Eres tú, tío?

Una voz conocida, con dulce timbre de campanitas de plata y que se le metió en el alma, le aclaró:

—No, Gino... ¡Soy yo! ¡Donneta!

Primeramente, confuso y perplejo, no supo responder. Quedó mudo y sintiendo un nudo en la garganta. Aquella dulce voz femenina le traía recuerdos infantiles, de una niñez feliz; de cuando el padre de Donneta era famoso, ganaba mucho dinero y él había pasado a vivir con ellos, ante la poca fortuna de su padre y su madre, la hermana de Piero Golnez.

Prácticamente, él había crecido y se había hecho hombre junto a

aquella deliciosa criatura, cuya sola contemplación llegó a llenar su vida. Incluso después, cuando tras la tragedia del lago Como Piero Golnez había quedado inútil y la pobreza llegó a ellos.

Evocó a su tío, a Donneta, al mísero taller de reparaciones. Todos aquellos años pasaron fugazmente por su mente. Y al fin pudo exclamar:

—¡DONNETA!

Al oírle aquella exclamación de júbilo, la sueca Martha indagó desde el fondo de la habitación:

—¿Estás hablando con una mujer, bribón?

En aquellos instantes, Gino ni tan siquiera recordó que la modelo estaba allí; por eso se interesó con vivo entusiasmo:

—¿Estás bien, Donneta? ¿Cómo está tu padre? ¿Por qué no habéis contestado nunca a mis cartas? Oye, chiquilla: ¿Cómo diablos has sabido dónde estaba? Apenas hace unas horas que hemos… quiero decir que he llegado a Viena. Yo… yo… No me explicó cómo…

La voz de la muchachita le atajó al fin:

—¡Uf! ¡Qué barbaridad de preguntas! La radio dio la noticia de tu boda y yo… No he parado hasta localizarte. ¡Todo esto me va a arruinar, Gino!

—¡Pobrecita mía! Oye, ¿por qué no cuelgas y te llamo yo?

—¡No, no! Solo… Solo es para… para felicitarte, Gino.

—Pero mujer…

—Yo… yo solo quiero tu felicidad… Que esa mujer te haga dichoso y que tú… tú…

—¿Pero de qué mujer hablas, Donneta?

—La radio ha dicho que vas a casarte con Martha Wonkruger.

—¡Tonterías!

—Que seas feliz, Gino… ¡Muy feliz!

—Te repito que solo ha sido para… ¡Eh, oiga! ¿Por qué ha cortado?

—¡Han colgado en Milán, señor!

—¡Imposible!

—Le digo que han colgado, señor.

—¡Pues vuélvame a poner inmediatamente con ella!

—¿Con quién, señor?

—¡Pues con Donneta! Con… ¡Ah, perdone, señorita! Ahora

mismo le doy el número y el nombre.

—¿Va usted a poner conferencia a Milán, señor?

—¡Sí! ¡Es lo que deberla estar usted haciendo ya!

—Por favor: deme el número y el nombre.

Lo hizo con cierto nerviosismo, molesto con él mismo porque, últimamente, ya no recordaba casi el número de su tío, en Milán.

—Por favor, señor: cuelgue. Ya le avisaré.

—¡Está bien!

Colgó, pero sin soltar el aparato se quedó sentado en el borde de la cama. Algo empezó a moverse al fondo, saliendo del cuarto de baño y Gino Maglio identificó al fin el cuerpo de una mujer rubia, totalmente desnuda: Martha Wonkruger avanzaba hacia él, ondulante e insinuante, sonriente y mirándole con sus pupilas intensamente azules.

Nunca sabría por qué, pero en aquellos instantes recordó al enamorado escultor griego. Antes de morir, de quitarse la vida de un pistoletazo, Mirkus Straprus había dejado escrito en un papel que se mataba por aquella mujer.

La misma diosa rubia, hermosa y escultural, que seguía silenciosa pero sugestiva acercándose paso a paso hacia él.

Tampoco supo por qué ahora ya no deseaba a aquel cuerpo de mujer. Incluso se le antojó descocada y hasta de mal gusto y se encontró haciendo una pregunta tonta:

—¿Qué haces, Martha?

La mujer le miró entre sorprendida y perpleja, pero no se rindió. Desechó lo que podía representar una ofensa ante sus claras insinuaciones y aún intentó animar:

—¿No te gusto, Gino?

—Sí, eres muy hermosa… Pero así, no sé… ¡Pareces una odalisca!

—¿Y te disgusta, cariño?

—No, no… Pero —vacilaba, hasta que concretó lo que sentía—. ¡No sé! No es la idea que en estos momentos tenía de una mujer… Me refiero a una mujer digna de… de…

—¿Qué te pasa, Gino? ¿El hablar con esa tonta de Milán te ha trastornado!

—¡No llames tonta a Donneta!

—¡Ah! Se llama Donneta… Es nombre de pueblerina, mi amor.

—¡Calla y vístete!

—¡No! No voy a permitir que esa ridícula Donneta...

Tuvo que interrumpirse porque el teléfono sonó. Gino se apresuró a descolgar y desde la centralita del hotel le informó la telefonista:

—Señor... ¡No contestan de Milán!

—¡Insista!

—Ya lo hice; pero desde allí me anuncian que nadie descuelga el aparato, señor.

—¡Vuelva a insistir una y otra vez!

—Así lo haré, señor.

Volvió a colgar y se puso a pasear, inquieto y nervioso. Ciertamente, no sabía lo que le pasaba, pero sí que ahora solo deseaba una cosa: volver a hablar con Donneta y confesarle que eso del anuncio de su boda con Martha Wonkruger, solo había sido un truco publicitario.

Se fijó en que la sueca se retiraba hacia el cuarto de baño, para salir al poco y anunciar, nuevamente vestida:

—Busca otra habitación. ¡Yo me quedo en esta!

—¿Pero por qué, Martha?

—¡Nadie me ha despreciado como tú!

—No te he despreciado, mujer. Es que...

—¡Fuera! ¡Sal ahora mismo de aquí!

Gino Maglio no estaba de humor para discutir. Presionó un botón y cuando el empleado del hotel se presentó se limitó a indicarle:

—Esas dos maletas y el maletín negro son míos. ¡Arreando!

Ni tan siquiera saludó a la modelo sueca, que debió quedarse pensando que a todos los hombres no los volvía locos, como a aquel escultor griego.

Si algún día volvía por París, le llevaría flores a su tumba.

CAPÍTULO XI

Desde los *boxes*, Gino Maglio observó que las tribunas estaban a rebosar. Un gentío enorme se había reunido allí, en un ambiente que no podía ser más propicio para todos los componentes de la prueba.

Había tenido que cruzarse forzosamente tres o cuatro veces con los otros pilotos de su equipo, pero ninguno le había dirigido la palabra. Hasta tascó el freno y él tampoco despegó los labios cuando César Chávez, muy ostensiblemente, había escupido al suelo con rabia.

Le costó trabajo contenerse: de muy buena gana le habría partido la jeta al mejicano. Pero todos ellos ignoraban que el día antes, cuando rodaron sobre la pista los veintidós competidores para determinar el puesto que cada uno ocuparía en la salida según los tiempos del entrenamiento, Renzo Borgesa le había musitado:

—Ven, Gino. ¡Tenemos que hablar!

—Usted, dirá, patrón.

—Quiero que sepas una cosa, muchacho. Tu actitud no es muy digna con respecto a César… Hoy es su última carrera y…

—Ya hemos hablado de eso, señor Borgesa.

—No te enfurruñes. ¡Tienes un genio muy vivo, Gino!

—¡Es que me irrita el que todos estén contra mí!

—Yo no, Gino.

Le miró muy serio, al indagar:

—¿Ah, no, patrón?

—No, muchacho.

—Pues estos últimos días, tampoco se ha mostrado muy locuaz conmigo.

—Comprende mi postura, Gino. Mando un equipo y debo ser consecuente con todos. Una fábrica y una organización como la mía, no puede dirigirse sin tacto y diplomacia. Estoy contento con mis pilotos y aprecio mucho a César, a Luss, a D'Oro… ¡Y por supuesto a ti, Gino!

Renzo Borgesa empleó su mejor sonrisa y recordó:

—Estuve a punto de ser tu suegro… ¡Y quién sabe si algún día terminaré siéndolo de verdad!

—Lo dudo, patrón… Lo de Lina vuelve a ir mal.

—¡Lo sé! Pero no te preocupes. Pronto se hartará de Michel Caron. Solo es un guapete actorcito que nada más hizo dos películas.

—¡Y pésimas, patrón!

—¡Fatales! Por desgracia, mi hija me las hizo ver en casa tres o cuatro veces. Consiguió unas copias y… ¡Pero vamos a lo que interesa.

Renzo Borgesa al fin se sinceró. Lo que a él le interesaba era que, de ser posible, Gino Maglio no solo ganase aquella carrera en Viena sino también las otras dos que restaban.

—Pero usted me dijo que con que consiguiese un cuarto, quinto y hasta sexto puesto, con la ventaja de puntos que llevo…

—No importa lo que te dije ante todos, Gino. Te repito que hay que ser diplomático, muchacho. Pero si mi marca, una hermosa Borgesa de 500 c.c. se proclama campeona del mundo… ¡y con cuanta más ventaja mejor! las ventas aumentarán mucho.

—¿Quiere decir que…?

—¡Que salgas a ganar! Que corras como tú sabes hacerlo y que te plantes en la meta… ¡Aunque César y los otros se enfaden!

—¿Se lo ha dicho a ellos?

—No… ¡Tendrás que hacerlo tú solito!

—Pues si no ha hablado con ellos, me temo que Luss y D'Oro… ¡Y sobre todo César!, me van a dar mucha guerra.

—¡Mejor! Así ofreceremos una carrera más emocionante.

—De eso pueden aprovecharse los otros, señor Borgesa.

—¡Que lo hagan! Volvemos a lo mismo, Gino: en el caso de que no consigas la victoria, como por lo menos llegarás al tercero o cuarto…

—¡De eso esté seguro, patrón!

—Por eso te digo que nada perdemos. Hizo una pausa y añadió:

—Además: te quedará París y la final en Roma. ¡Y allí sí que les obligaré a que te secunden!

En el circuito de Viena Gino Maglio tan solo había conseguido un quinto puesto en la salida. No había querido forzar las cosas para confiar a sus rivales, entre los que había corrido el rumor de

que no se encontraba con muchas fuerzas. Y como la gente es así, se empezó a decir que la hermosa modelo sueca Martha Wonkruger le había dejado para el arrastre.

El que se hizo el sueco fue Gino Maglio, que no se esforzó en desmentir el chiste.

¿Para qué tenía que decir a nadie que no le había tocado a la sueca ni un pelo?

¡Allá los chismosos con su imaginación!

Desde las primeras vueltas, ante el entusiasmo general, la carrera se anunció muy reñida. La cabeza cambiaba a cada instante, aunque siempre con los mismos protagonistas: el australiano Troy Ruttman, el siempre peligroso y veloz americano Johnny Parsons y el checo Vulkovich que parecía dispuesto a todo.

Detrás de ellos, como en un segundo «paquete», los hombres de Renzo Borgesa intentaban controlar la carrera manteniéndose en punta Luss para que el mejicano César Chávez siguiese a su rueda, bien arropado por D'Oro.

Detrás, inicialmente algo despegado, Gino Maglio. No le importaba.

La verdadera lucha empezaría sobre la vuelta treinta o treinta y dos, cuando las posiciones fueran quedando más definidas y ya todos supieran el hombre a batir. Gino Maglio ya había aprendido que a las máquinas no hay que forzarlas desde los primeros momentos, sobre todo cuando se pretende exigirles al máximo al final. En cierta forma, aquellos veloces vehículos de dos ruedas eran como los atletas: para rendir a tope antes debían «calentarse», ajustarse toda su mecánica para el largo sprint final.

Pero cuando Gino consideró que debía empezar a forzar su marcha, prácticamente se encontró con una barrera. Luss, D'Oro y César se abrían para intentar cubrir toda la pista, no permitiéndole colarse por ningún hueco.

Lo intentó una y otra vez, sin conseguirlo, pegándose materialmente a la rueda de D'Oro, que hacía diestramente el abanico para cubrir a César, a quién a su vez trazaba la marcha Luss.

Los más entendidos de los asistentes empezaron a darse cuenta de aquella enconada pugna, que reclamó la atención de los *boxes*. Los tres que abrían la carrera se sintieron felices: al menos por

aquella vez, el peligro del adelantamiento de Gino Maglio no se produciría.

En el circuito de Viena no triunfaría aquel loco.

Pero Gino era un rival difícil: siempre había sido corajudo y tesonero y se crecía ante las dificultades. Su temperamento belicoso le arrastraba al placer de la lucha y nunca se rendía, consciente de que la única manera de triunfar era no darse por vencido nunca.

D'Oro le sabía materialmente pegado a su rueda y temía que, al menor descuido, se le colaría. Si le rebasaba luego iría a la caza de César y más tarde adelantaría también a Luss: de ocurrir una cosa así, ya no podrían darle caza.

A todo gas, pisando a fondo para despegarse del que le seguía, D'Oro casi hizo dar un brinco a su máquina y entonces, antes de poder evitarlo, embistió al mejicano: César Chávez no esperaba ese golpe por detrás y perdió la dirección, saliéndose de la pista para al fin caer del lado derecho y quedar tendido con todo el peso de su moto sobre aquella pierna.

Con terror al sentirse aprisionado, el mejicano vio que el humo que brotaba de su moto pronto se convertía en llamas. El veterano corredor fue consciente de que moriría abrasado allí: cuando la asistencia de la ambulancia llegase, su cuerpo ya estaría carbonizado.

Antes de perder el conocimiento por el dolor de la pierna aprisionada exclamó:

—¡Maldito loco!

* * *

Alguien ha escrito que el más grande espectáculo del universo es el de un hombre valiente que lucha contra la adversidad. Sin embargo, todavía es más grande el que ofrece aquel que acude a socorrerle con riesgo de su vida.

Eso fue lo que hizo Gino Maglio.

Deliberadamente también salió de la pista y se arrojó de la moto cuando le faltaba poco para llegar junto al hombre indefenso. Solo tuvo que correr unos metros, para agacharse y empleando todas sus fuerzas levantar la máquina incendiada de César Chávez, que no se enteró de nada.

Arrastró al piloto mejicano lejos del incendio y, seguramente, siempre con la misma celeridad de movimientos, volvió a correr hacia su 500 c.c. y nuevamente volvió a la pista.

Cuando superó aquella curva su Borgesa ya había vuelto a alcanzar el máximo de velocidad y, como una flecha, una vez más se lanzó a la caza de los que le precedían.

Sí: en su conjunto, todo fue un espectáculo magnífico, pocas veces visto en los circuitos. Algo que miles y miles de ojos presenciaron atónitos, no sabiendo qué admirar más, si la solidaridad, la valentía o las ansias de triunfo de aquel hombre que nuevamente ponía toda su atención e interés en ganar la carrera.

Materialmente no era posible que pudiera conseguirlo. Había perdido un tiempo precioso en una prueba en la que cuenta cada fracción de segundo. Cuando se rebasan de largo los doscientos kilómetros por hora, décimas de segundo pueden dar o quitar la victoria.

Durante diez vueltas más Gino Maglio continuó con su brega, con un tesón y esfuerzo titánico, insensible a la fatiga y el desaliento. Kilómetro a kilómetro iba arañando segundos y rebasó a varios rivales que ya no tenían posibilidades de triunfo.

Al fin, precisamente en la recta de tribunas, consiguió ver las espaldas de D'Oro y de Luss, allá, todavía muy lejos. Las máquinas que aquellos dos amigos pilotaban eran tan buenas como la suya: solo una avería mecánica en ellas, o un milagro, le permitirían darles alcance.

Y luego, si lo conseguía, aún le quedaría el paquete de cabeza: Troy Ruttman, Johnny Parsons y Vulkovich.

¡Un sueño!

Pero entonces ocurrió el milagro...

CAPÍTULO XII

Gino Maglio, ante un clamor general, pasó primero a D'Oro y media vuelta más tarde conseguía dejar atrás a Luss.

¡No se lo explicaba!

¿Por qué los dos habían reducido su velocidad? ¿Algún fallo en el motor o cualquier otra avería?

Cuando empezó a recelar algo extraño fue al ver que manteniendo la máxima velocidad, no tardaría en darle caza también al checo Vulkovich: cada segundo se acercaba más a él y a Gino le constaba que aquel piloto montaba una excelente máquina: nada menos que una Minarelli.

¿Qué era lo que estaba pensando?

También le rebasó y, al conseguirlo, extrañamente el checo alzó una de sus manos enguantadas y le saludó. O era un excelente deportista, o aquel tipo no le importaba perder la posibilidad de entrar el primero en la meta.

En uno de los obligados cambios de marcha, al reducir, fue cuando Gino comprendió al fin lo que estaba sucediendo.

¡Le estaban dejando ganar!

No podía ser que también estuviese dándole caza al americano. Johnny Parsons no hacía nada para evitar el adelantamiento, siendo un zorro astuto como era aquel veterano corredor. Un hombre que se las sabía todas, pero que ahora se comportaba como un novato.

Intencionadamente, Gino Maglio redujo su velocidad entrando en aquel «juego». Si el americano no hacía nada para despegarse, tendría la certeza de lo que estaba pasando en la pista.

Johnny Parsons también redujo la velocidad.

Cuando llegó a su altura y marchaban juntos, el irritado Gino se dijo que aquello, en vez de una competición de velocidad, más bien parecía un paseo. Un tranquilo y sosegado paseo, de dos domingueros que salen a la carretera a probar sus motos.

Intentó fijarse en los ojos del corredor americano, pero aunque por el casco protector no alcanzó a distinguir sus pupilas bien, no tuvo dudas de que el rostro de aquel hombre le sonreía.

Amistosamente.

Para más certeza, uno de los brazos de Johnny Parsons soltó el manillar, señaló a la pista y resultó tan elocuente su gesto como si le dijese de viva voz:

—Adelante, Gino… ¡La carrera es tuya!

¿Por qué habían hecho todos eso? ¿Por qué se comportaban así?

Ya no le extrañó alcanzar fácilmente al australiano Troy Ruttman. También rodó junto a él y le hizo el mismo gesto que Johnny Parsons: estaban enfilando la recta final pero desde la distancia les llegaba un clamor que agitaba las tribunas. La velocidad era tan mínima, que Gino no tuvo inconveniente de librarse del casco protector. Y entonces el clamor se hizo nombre y se emocionó:

—¡Gino Maglio!

—¡Gino Maglio!

—¡Gino Maglio! ¡Gino Maglio!

Miles y miles de gargantas pronunciando su nombre.

Aclamándole porque en aquella ocasión, para socorrer a un compañero, a un amigo, había sabido vencer su alocada ambición de triunfo.

Y ahora, en noble compensación, unánimemente, le ofrecían el triunfo de aquella carrera que él jamás habría podido ganar.

Era hermoso y, a la par, emocionante.

Gino Maglio aceleró un poco, solo muy poco y permitió que el juez de meta rindiese ante él el banderazo, que fue como una señal para que todos volviese a repetir:

—¡Gino Maglio! ¡Gino Maglio! ¡Gino Maglio!

Cuando subió al *podium*, Gino se apresuró a abrir la botella de champaña y mojar su rostro. Quería ocultar sus lágrimas, que no era capaz de contener ante aquellos aplausos y aclamaciones: sentía miles de pupilas fijas en él y la gente se arremolinaba rompiendo el cordón policial, que no se esforzaba mucho en contener a los más entusiastas. Fotógrafos, periodistas, la televisión…

¡Qué barullo!

Y luego los cazadores de autógrafos; los que palmean las espaldas, los que dirán luego a los amigos que ellos lo son del triunfador.

Al fin la voz amiga del sonriente Renzo Borgesa:

—¡Magnífico, Gino! ¡Hoy sí que el triunfo fue grande!

—Me dieron la carrera, patrón. ¡No la gané!

—La ganaste mejor que nunca. ¡Con valentía y corazón!

—¿Cómo está César?

—Ya le han llevado al hospital.

—¿Y su pierna?

—Rota por la rodilla.

—Quiero llevarle esta copa a él.

—No te la aceptará. ¡Te debe la vida!

—¿Y su mujer?

—Con él: está muy contenta. Luego iremos todos para allí. ¡Te comerá a besos!

—¿Quiere que le sea sincero, patrón?

—Adivino lo que vas a decirme, jovencito: que no sabes por qué lo hiciste.

—¡Exacto! A mí solo me interesaba la carrera, el triunfo, el poder llegar a campeón del mundo.

—Pero cuando viste la situación de César… ¡Te lanzaste a salvarle!

—¿Por qué haremos los hombres esas cosas, señor Borgesa?

—No sé, Gino: el hombre es una paradoja hecha carne, un manojo de contradicciones.

—Pero hace poco, antes de empezar la carrera, César no quería hablarme y hasta escupió con desprecio a mis pies. ¡Tuve ganas de partirle la jeta!

—¿Puedes decirme tú por qué soporto a la casquivana de mi hija?

—Porque Lina es su hija, patrón.

—No… Esa no es suficiente razón.

—Bueno: ya sabe aquello de que el corazón tiene razones que la razón no comprende.

—¡Eh, un momento! Tú eres piloto de motos. ¡Un buen corredor! No te me vuelvas filósofo ahora, Gino.

—Lo siento, señor Borgesa. ¡Pero voy a renunciar!

Mirándole como si le viese por primera vez, entre perplejo y alarmado, el rico industrial quiso concretar con su pregunta:

—¿Renunciar, a qué?

—Pues a todo esto.

—¿Te refieres a las carreras?

—Sí, patrón. ¡Y hasta al campeonato del mundo!

—¿Estás loco? ¿A qué viene esa majadería ahora?

—Verá, señor Borgesa... Hace poco recibí una llamada de Milán.

—¿Y eso qué? Seguro que era de una de tus muchas admiradoras.

—¡Cierto!... Pero de una muy... ¡Muy especial!

—Explícate, Gino. ¡Me tienes en ascuas!

—Se llama Donneta... Donneta Golnez.

—¿Golnez? —repitió el industrial.

—Sí, es la hija de Piero Golnez... ¡Mi tío!

—¡Eh, un momento, bribón! ¿Tú eres sobrino de Piero Golnez?

—Se lo acabo de decir, patrón.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? ¿Por qué tu mentira?

Gino Maglio contestó a la pregunta con otra:

—¿Me habría usted admitido y apoyado de saberlo?

—No... ¡Te aseguro que no! El sinvergüenza de tu tío me robó a mi esposa y...

—Vayamos por partes, patrón: mi tío no le robó nada. Fue ella la que se encaprichó de él.

—¿Pero vas a decirme que no...?

—Sé todo lo que pasó, y cómo pasó. Y precisamente todo eso se enlaza con mi renuncia.

—No te comprendo.

—Es sencillo, señor Borgesa: nadie mejor que usted sabe lo que suele pasar en estos ambientes. Llevamos una vida anormal, imprecisa, siempre viajando de un lugar a otro, siempre con prisas, corriendo, pasando por las cosas sin fijarnos bien, sin detenernos a pensar. Hoy aquí y mañana allí, nosotros jugando con la muerte y sin saber si en la próxima carrera quedaremos inútiles, hechos unas piltrafas, o daremos con nuestros astillados huesos en el cementerio.

—¿Miedo ahora, Gino?

—Sabe que no es eso. Pero mi tío Piero es un ejemplo vivo de lo que me puede pasar mañana en París, o al otro en Roma.

—En ese aspecto, tu tío tuvo mala suerte.

—¿Y cuándo puede terminar la mía?

—Pero bueno... ¿Por qué te ha dado precisamente ahora por pensar en todo eso?

—Se lo he dicho, patrón: porque recibí una llamada de Milán.

—Ya sé: de esa Donneta.

—Estoy enamorado de ella. ¡Profundamente enamorado desde niño!

—¿Tú? ¿Tú enamorado de verdad, Gino? ¡Pero si eres un Don Juan que salta de ombligo a ombligo!

—Precisamente por haberlo sido durante todo ese tiempo, me he convencido que el verdadero amor, y por lo tanto la auténtica felicidad, no está en los brazos de una sofisticada Nicole, ni en los de una modelo como Martha, ni en tantas otras de esa sociedad y ambiente en el que pocos valores morales quedan en pie…

—¿Por qué no citas también a mi hija?

—No hace falta, señor Borgesa. ¡Nadie mejor que usted la conoce!

—Sí… Y posiblemente la culpa es mía. No he sabido darle un auténtico hogar.

—Prácticamente no ha podido: entre su fábrica, los negocios, la escudería…

—No habría sido así, de no haberse marchado la madre de Lina. ¡Y de eso culpo a tu tío!

—Mi pobre tío es un hombre desgraciado. Lo tuvo todo y ahora vive en la miseria.

—¿Dónde está? Nunca más he vuelto a saber de él.

—Medio se esconde en un barrio de Milán, en un taller que apenas le da para vivir.

—Porque quiso. El muy estúpido regaló toda su fortuna a…

—No fue estúpido. Solo pretendió acallar a su conciencia.

Reflexionando, Renzo Borgesa al poco admitió:

—Sí… Aquello fue muy generoso y noble. ¡Toda Italia admiró su acción!

—¿Y sabe que por eso le dejó… su esposa, señor Borgesa?

—No… No lo sabía: cuando yo tuve que despedirla y ella se marchó con él, Piero aún siguió con sus triunfos y ganando mucho dinero. ¡Corrió para muy buenas marcas!

—Pero luego quedó inútil, regaló todo su dinero y también la perdió a ella.

—Era de suponer… Mi esposa fue una mujer acostumbrada a gastar mucho, a vivir sin estrecheces. ¡Lo mismo que Lina!

—Debe cuidar más de su hija, patrón. ¡No darle tantos caprichos!

—Y tu debiste casarte con ella. ¡Eres un buen chico!

—Ella no me dio opción, pero es que, además, algún día podría repetirse la historia.

—Comprendo, Gino.

—Con Donneta será muy distinto. Es una muchacha sencilla, humilde y cariñosa. ¡Además de muy bonita y buena!

—¿Y una chica así te hará feliz?

—¡Estoy seguro! Lo comprendí nada más volver a oír su voz.

—Gino... Conozco muy bien a los hombres; por eso sé que no lograré convencerte para que te quedes.

—Ni lo intente, patrón. Nos conocimos en una autopista y hoy termina aquí el viaje.

—¿Por qué precisamente hoy? ¡Tienes el campeonato del mundo en tus manos!

—Lo sé... Pero hoy vi lo que le ocurrió a César, volví a pensar en mi tío y... ¡No quiero quedar cojo y medio ciego como él!

—¡Lástima!

—No, patrón. Hago lo correcto.

—El dinero que ganaste no será eterno, Gino.

—¡Por supuesto! Pero montando un buen taller, en mejor sitio y muy bien acondicionado, con estación de servicio incluido, engrase y todo lo demás... ¡Viviremos como príncipes los tres!

—Hablando de eso, Gino. El día que te conocimos, montabas una moto muy rápida, ¿no?

—Regular.

—¿Cómo regular? Lina conducía el Maseratti a más de doscientos treinta y nos pasaste como un rayo.

—No lo creo: su velocímetro funcionaría mal.

—Siempre me ha extrañado que nunca nos hayas querido mostrar esa moto.

—Sabe que la dejé averiada.

—Sí, pero ahora has tenido dinero de sobra para repararla y... ¿Cómo nos dijiste que la llamabas?

—Swamp Rat.

—¡Ah, sí! «Rata de Pantano».

—Solo era un modelo experimental, señor Borgesa. Olvídese de

ella.

—La montó tu tío, ¿no?

—Sí.

—¡Debí suponer que solo un tipo como Piero Golnez podría idear una cosa así!

—¿Quiere que le salude de su parte, señor Borgesa?

—¡No! ¡Ni te se ocurra!

—No sea rencoroso.

—No es eso... Ya no siento rencor, después de tantos años, pero sigo pensando que en vez de asesinar a tantas personas, Piero debió morir en el circuito del lago Como.

—Eso es muy fuerte, señor Borgesa. Aquello fue un desgraciado accidente. ¡Por el que mi tío lleva pagando muchos años!

—En fin, Gino. ¿Cuándo regresas a tus principios?

—Nada más arregle las cosas. Y no es a mis principios, señor Borgesa, sino hacia nuevas posibilidades.

—Te veo muy seguro, muchacho.

—Voy a decirle algo, patrón... El mayor mérito del hombre consiste en determinar, en la medida de sus posibilidades, las circunstancias; y nunca dejar que las circunstancias le determinen a él.

—¡Bravo, Gino! Llegarás lejos.

CAPÍTULO XIII

Gino Maglio llegó en el vuelo regular Roma-Milán y al poco estaba siendo estrechamente abrazado por la feliz Donneta, que no pudo contener las lágrimas.

La muchacha no dejaba de mirarle, ponderándole:

—¡Qué guapo estas, Gino! ¡Qué elegante! ¡Qué bien vistes ahora!

—¡Tú sí que estás preciosa, chiquilla!

—No me llames así —protestó risueña—. ¡Ya soy toda una mujer!

—Desde luego que lo eres. ¡Y arrebatadora!

—Habló el entendido. ¿A cuántas has conocido, pillastre?

—Olvidado todo eso, Done. ¡Pertenece al pasado!

—¿Por qué vamos por ahí? ¿No ves que la salida es por allí?

—Tengo que recoger el coche.

—¡Dios santo! ¿Pero es que lo han traído en el avión?

—En otro que transporta vehículos y mercancías. ¡Espérame aquí, chiquilla!

Conduciendo hacia la ciudad, muy pegadita al conductor, la muchacha indagó:

—¿De verdad es tuyo, Gino?

—Desde las ruedas al techo.

—¡Qué bárbaro! ¡Es un Maseratti!

—¿Te gusta?

—¿Gustarme? ¡Es una maravilla, un sueño!

—El sueño lo vamos a vivir tú y yo, chiquilla.

—¡Quieta la mano! Tú a conducir.

—Estás más delgaducha.

—¿Y cómo no, con todo lo que me has hecho pasar?

—Pero mujer, si yo solo quería probar fortuna.

—Y probar otras cosas, granuja.

—Te doy mi palabra que...

—¡No mientas! ¿O crees que no leíamos la prensa?

—¡Bah! La mitad de las cosas que escriben, son mentira.

—Sí, sí... Una mentira llamada Lina, otra llamada Nicole, otra sueca llamada Martha... ¡Y otras muchas más!

—Simples pasatiempos, mujer.

—Te habrán pervertido, Gino.

—No, porque he sabido retirarme a tiempo.

—¿Y no echarás de menos esa vida?

—A tu lado... ¡NO!

—Oye... ¿Tendremos que pedir permiso?

—¿Para qué, chiquita?

—¡Para casarnos! Como somos primos...

—Ja, ja, ja! Qué cosas tienes: se pide y en paz.

—¿Sabes que papá tiene grandes proyectos?

—¿Sobre nosotros?

—No, tonto: en eso dice que ya nos arreglaremos nosotros.

—Pues ya me dirás, chiquita.

—El otro día estaba tan contento al saber que regresabas, que el pobre se puso a soñar despierto. Me dijo que montaremos una fábrica que tú dirigirás, en la que él creará nuevos diseños y motos más rápidas que las actuales.

—De eso tengo que hablar con tu padre muy seriamente.

Cuando llegó el momento de abordar aquel problema, con mucha firmeza Gino Maglio se puso a objetar:

—No, tío, nada de motos más rápidas que las actuales, de momento.

—Pero... ¿Por qué no, muchacho?

—Entre otras razones, porque ese carburador de tu invención alimentado por ese combustible exótico, también de tu invención, mezcla de alcohol puro y nitrometano, puede acelerar a 301 km/h, en 8,23 segundos cualquier moto. ¡Yo lo probé en nuestra Swamp Rat!

—¿Y no te parece bien?

—Te repito que, de momento, me parece una locura.

—Dime la razón:

—Sobre todo esto, conoces tanto o más que yo. Dime que circuitos hay, en el que se puedan alcanzar velocidades de ese calibre. ¡En Europa, ninguno!

—¡Se construirán!

—¿Cuándo?

—No sé… Yo…

—Te lo diré: cuando medio centenar de corredores, se hayan partido el alma. ¡Y no quiero que nos sintamos responsables!

—¿Pero vas a negar el progreso, Gino?

—No lo niego: día llegará en el que las carreteras estarán mejor acondicionadas; pero, de momento, patentaremos tus inventos y esperaremos.

Y como Piero Golnez siguió con sus argumentaciones, Gino recurrió a ponerle delante del espejo de un armario y rudamente le pidió:

—Mírate, tío. ¡Obsérvate bien!

—Por favor, Gino —protestó la muchacha—. ¡No tienes por qué hacerle esto!

—Perdona, pero es que quiero que no olvide en lo que él se convirtió, el día en que no fue capaz de dominar la velocidad de una máquina.

—Aquello fue un desgraciado accidente.

—¡No del todo, tío! El circuito del lago Como no estaba en buenas condiciones y tu moto era demasiado poderosa y veloz para aquella pista. ¡Por eso no la pudiste dominar!

Hizo una pausa y añadió:

—A veces, ya sabéis que la civilización degrada a muchos, para encumbrar a unos pocos. Y habría muchos desaprensivos que a toda prisa fabricarían esos modelos, para sacar buenos beneficios y lanzarlos por esas carreteras.

—Quizá tengas razón, Gino.

—La tengo, tío. De momento no tenemos ninguna prisa. ¿Por qué crees que oculté nuestra moto y ni a Renzo Borgesa le hablé de ella?

—Renzo Borgesa —recordó el viejo motorista—. El destino quiso que también te cruzases con ese hombre.

—Sí, tío; pero con una gran diferencia. Yo he tenido la ventaja de poder mirarme en ti y dejar de ir a todo gas, como un loco, para caminar tranquilo por la vida junto a Donneta.

La muchacha le ofreció las manos, al tiempo de buscar los ojos del hombre amado.

Piero Golnez también sonrió.

Los tres estaban pensando que la felicidad humana se forma no

tanto de sonoros triunfos y relumbrones, como de todas esas pequeñas cosas que con voluntad y amor se pueden lograr todos los días…

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES
CERES, S.A.
Apartado de
Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España
60 ptas.

Impreso en España